

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1856. — TOMO VII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 15. — N° 161.

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

SUMARIO.

Fiestas en honor de las tropas recién llegadas de la Crimea; grabado. — Noticia de los escritores eclesiásticos españoles de los siglos XVII y XVIII. — Revista de París. — Escuela naval de Brest; grabados. — Valeriano. — Sitio de Sebastopol; grabados. — El montero. — Exposición Universal de Bellas-Artes; grabados. — Exposición Universal de la Industria. — La Hisonjera. — Revista de la moda. — Embellecimientos de París; grabados.

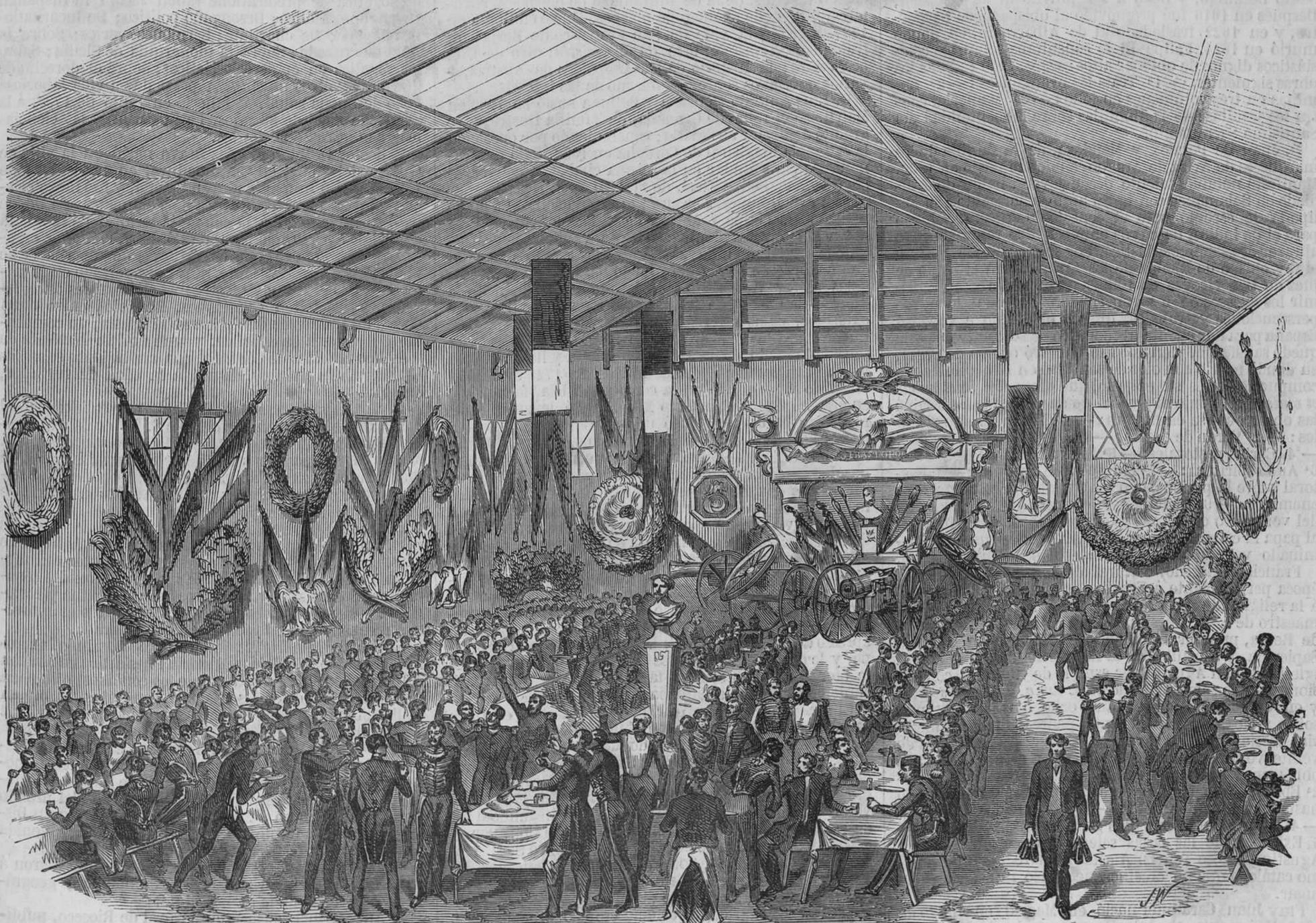
Fiestas en honor de las tropas recién llegadas de Crimea.

Las tropas recién llegadas á París de regreso de la campaña de Crimea, de cuya entrada solemne en la capital dimos cuenta á nuestros lectores en el número precedente, están siendo objeto en el día de continuadas fiestas. Revistas, banquetes, representaciones teatrales dadas por orden del gobierno en las primeras escenas parisienses, todo eso se ha estado viendo en el mes último y podemos asegurar que la población no se ha mostrado fría en presencia de esas manifestaciones oficiales hechas para honrar dignamente á los insignes

vencedores de Sebastopol, que vuelven á la madre patria despues de haber derramado su sangre valerosamente por una causa tan justa como noble.

El grabado que ponemos en esta página representa una de las escenas mas cordiales de esa serie de obsequios que han recibido aquí los cuerpos recién llegados de la Crimea: el regimiento de artillería de la guardia imperial queriendo dar una prueba de afecto á sus compañeros de armas organizó un banquete en el Picadero de Versalles, adornado con trofeos militares que recordaban los triunfos de aquellos en cuyo honor se daba esa espléndida fiesta.

P. L.



Banquete dado en el Picadero de Versalles, por el regimiento de artillería de la guardia, á los cuerpos recién llegados de Crimea.

Noticia

DE LOS ESCRITORES ECLESIASTICOS ESPAÑOLES DE LOS SIGLOS XVII Y XVIII.

Artículo primero.

Ha sido achaque bastante comun en los autores extranjeros, y especialmente en los franceses, suponer que el clero de España en los dos siglos anteriores al presente fué poco ilustrado y aun ignorante, y que ninguna obra de provecho para la Iglesia y para el Estado dió á luz su tan dilatado período de tiempo, durante el cual el clero de Francia escribió innumerables y apreciables tratados. Este modo de juzgar á los eclesiásticos seculares y regulares de nuestra nación es tan general que aun historiadores concienzudos y de buena fé afirman al hablar del estado de la literatura y de las ciencias en este país, que nada debieron una y otras al clero; deduciendo de esta afirmacion consecuencias poco favorables á la educacion y al talento de nuestros hombres de Iglesia. Como el hecho es completamente inexacto, y como consideramos útil restablecer la verdad y difundirla, nos hemos tomado el trabajo de extender en este artículo y en los siguientes una relacion de los muchos españoles que fueron eminentes escritores en materias eclesiásticas en el espacio de tiempo comprendido desde el año de 1600 al de 1800, haciendo una breve biografía de cada uno de ellos. Comencemos pues nuestra tarea.

Figura en primera línea, entre los sabios escritores eclesiásticos del siglo XVII, el jesuita Francisco Suarez, que nació en Granada en 1548. Estudió con reputacion en Alcalá, Salamanca y Roma; desempeñó en Coímbra, que entonces era de España por estar aun unido el Portugal, la cátedra primera de teología, y murió en Lisboa en 1617. Tenia una memoria tan prodigiosa que cuando se le citaba un pasaje de sus obras se hallaba en estado de seguirle y acabarle hasta el fin del capítulo y del libro. Dejó escritos veinte y cuatro volúmenes en folio, que se extienden á casi toda la teología y á la moral, escritos con orden y propiedad. Fué uno de los mayores teólogos de su siglo, y mereció los elogios de muchos sabios, y entre otros el de Hugo Groccio, que dice de él en una carta: *Tantæ subtilitatis Philosophum ac Theologum ut viæ, quamquam habeat parem.*

Gerónimo Bautista de Sellan y Lanuza, por sobrenombre el Dominico de su siglo, hermano del justicia de Aragon desgraciado Juan de Lanuza, nació en Híjar, diócesis de Zaragoza, en 1533. Entró en la religion de Santo Domingo, y llegó á ser provincial de la orden. Despues en 1616 fué promovido al obispado de Barbastro, y en 1622 trasladado al de Albarracin, en donde murió en 1624. Felipe III le consultaba sobre los eclesiásticos dignos de obtener altos cargos. Dejó escritas las obras siguientes: — 1ª Tratados evangélicos: — 2ª Homilias en tres volúmenes en folio: — 3ª Memorial contra los jesuitas: — 4ª Homilias sobre la solemnidad del Santísimo Sacramento.

D. Juan de Palafox y Mendoza, de la familia de los marqueses de Ariza de Aragon, en donde nació en 1600. Manifestó notable talento desde jóven, habiendo estudiado en Salamanca con tanto aprovechamiento que Felipe IV le escogió para el consejo de guerra, y luego para el de Indias, de cuyos empleos hizo renuncia para abrazar el estado eclesiástico. Por sus méritos le nombró el rey obispo de Puebla de los Angeles, con el título de juez de tres vireyes de Indias, en donde procuró reprimir los excesos de los gobernadores, lo cual le atrajo persecuciones y trabajos, que le obligaron á volver á España para dar cuenta al monarca de su conducta. Este quedó satisfecho, y en 1633 le nombró obispo de Osma, en donde murió con olor de santidad en 1659; habiendo compuesto ántes su epitafio, que dice: *Hic jacet pulvis et cinis*, testimonio expresivo de su humildad. Escribió las obras que se enumeran: — 1ª Discursos espirituales: — 2ª Varon de deseos: — 3ª Pastor de Nochebuena: — 4ª Cartas pastorales: — 5ª Historia real y sagrada: — 6ª Año espiritual: — 7ª Trompeta de Ezequiel: — 8ª Pastoral sobre la paciencia en los trabajos, y el amor á los enemigos: — 9ª Dictámenes de curas: — 10ª Instruccion del verdadero cristiano; y otras muchas. Carlos III pidió al papa la canonizacion del señor Palafox, que es denominado venerable, y todavia está pendiente el juicio.

Francisco Macedo, natural de Coímbra, en aquella época perteneciente á España, fué jesuita y luego pasó á la religion de San Francisco. Alejandro VII le nombró maestro de controversias en el colegio de la Propaganda de Roma, profesor de historia eclesiástica en el de la Sapiencia, y consultor de la inquisicion. Defendió en la iglesia de San Agustin por espacio de tres dias conclusiones ó tesis sobre *todo cuanto se sabia*, de *Omní scribibi*; y en Venecia sostuvo durante ocho dias conclusiones sobre teología, escritura santa, padres, filosofía, historia, poesía, etc. Fué hombre superior; escribió mas de veinte volúmenes en folio, en prosa y en verso. Sus obras mas conocidas son: — 1ª *Theses rethoricas*: — 2ª Epítome cronológico desde el principio del mundo hasta la venida de Cristo: — 3ª Veinte vidas de santos: — 4ª Un tratado de concilios generales y particulares: — 5ª Extractos de las cosas selectas de las obras de San Agustin y Santo Tomás. A estas se agrega un larguísimo catálogo que no creemos necesario insertar en este lugar.

Fray Juan Caramuel nació en Madrid en mayo de 1606. Fué monje, abad de dos monasterios de benedicti-

nos, y luego obispo de Misi en los Países-Bajos. Su erudicion universal está acreditada con los innumerables volúmenes que dió á luz en todo género de letras. Aun sus mismos enemigos confiesan que tenia un ingenio eminente; y un autor respetable aleman asegura que si Dios hubiera dejado perecer las ciencias todas en las universidades del mundo, como Caramuel se conservase, él solo bastaria para restablecerlas en el sér que en su época tenian. No podemos citar los títulos de sus obras, porque ocuparia la cita un artículo entero.

Fray Bernardo Ontiveros, profesor de teología en la universidad de Oviedo, general de la religion de San Beato, obispo luego de Calahorra, escribió un célebre tratado intitulado *Lachrymæ militantis Ecclesie* que los moralistas consultan con veneracion. Murió este sabio en 1662.

José Saenz de Aguirre nació en Logroño en 1630; tomó el hábito en San Millan de la Cogulla; fué uno de los ornamentos del orden de San Benito, catedrático de sagrada escritura en la universidad de Salamanca, y despues censor y secretario del tribunal del Santo Oficio. Inocencio XI le honró con la púrpura cardenalicia en 1686, y murió en Roma en 1699. Escribió la coleccion de concilios que lleva su nombre; publicó la teología de San Anselmo con notas; un tratado de moral y religion apreciablesimo; una historia de la Iglesia, y otras muchas obras.

Los padres Salmanticenses, carmelitas descalzos, escribieron una teología moral en ocho volúmenes en folio, que está muy estimada entre los sabios.

Lope de Vega escribió en prosa y verso setenta volúmenes, varios de ellos de piedad y religion, aunque la mayor parte fueron de literatura amena.

Calderon publicó seis tomos de autos sacramentales.

D. Nicolás Antonio dió á luz su preciosa Biblioteca española.

D. Antonio Solís se dió á conocer con su Historia de la conquista de Méjico.

Los Argensolias escribieron obras de notable mérito. De estos escribimos ligeramente, ya porque no se dedicaron especialmente á las obras eclesiásticas, y ya porque son muy conocidos en el mundo literario.

D. Alvaro Diaz Cienfuegos, jesuita, nació en Agüerina, en Astúrias, el año de 1637. Estudió en la universidad de Oviedo; fué colegial en el insigne de San Pelayo de Salamanca; profesó en la Compañía de Jesus, y obtuvo cátedras. Clemente XI le elevó á la sagrada púrpura en 1718. Fué obispo de Catania en Sicilia y arzobispo de Mont-Real, primado de aquel reino, consejero íntimo del emperador Carlos VI, su ministro plenipotenciario en Roma, protector de Malta, co-protector de Alemania, testamentario del emperador, miembro de la congregacion de ritos, de la de inmunidad de obispos y regulares, y de la de exámen de obispos. Murió en Roma en 1734. Escribió la vida de San Francisco de Borja; un tratado de *Trinitate*; otro de *Eucaristia*; otro de *Vita abscondita*; la historia de los Leopoldos de Austria, y varios opúsculos sobre el gobierno de las iglesias.

D. Luis Antonio Moneca y Belluga nació en 1662 en Motril, en el reino de Granada, de familia ilustre, y se graduó de doctor en Sevilla; consiguiendo por oposicion la canongía magistral de Córdoba en 1689. Dejó este canonicato para fundar en la misma ciudad la congregacion de San Felipe Neri, de la cual fué Preposito muchos años. Despues, por su gran reputacion, en 1705 le nombró D. Felipe V obispo de Cartagena, y en 1706 obtuvo el nombramiento de virey y capitán general de Valencia y Murcia, cuyas dignidades aceptó en virtud de una orden expresa del nuncio del papa, renunciándolas al ser trasladado al obispado de Córdoba. En la diócesis de Cartagena fundó montes de piedad, casa de expósitos, casas de refugio, seminario y hospitales. Clemente XI le creó cardenal en 1719, dispensándole su santidad el voto de residir en su iglesia y llamándole á Roma para asistir á dos cónclaves. En 1721 dimitió el obispado y se quedó en la córte pontificia, falleciendo en ella en 1743. Benedicto XIV mandó levantarle un mausoleo en que se colocó un epitafio que demuestra la santidad de sus costumbres y de sus discursos. Tenemos del cardenal Moneca y Belluga muchas obras llenas de profunda erudicion, de ideas puras y exactas, de raciocinio, de facilidad maravillosa para desenredar las mas oscuras y complicadas cuestiones de teología y de derecho civil y canónico. Las principales son: Apología de los derechos de la santa silla é inmunidades eclesiásticas; Defensa canónica de los obispos de Cartagena; Epístola dogmática á los armenios jacobitas y otros cismáticos; Explicacion de la doctrina cristiana; Memoria dogmática sobre el misterio de la inmaculada Concepcion de María Santísima. Los soberanos hicieron gran aprecio del prelado español. Luis XIV le llamaba su obispo, y le consultaba en casos arduos. El rey de Nápoles le otorgó la gran cruz de la orden de San Genaro. El cardenal Polignac le llamaba *espejo de prelados*.

El maestro fray Juan Ytarian de Ayala nació en 1636; estudió en Alcalá, y tomó el hábito en el convento de la Merced calzada de Madrid, en donde profesó en mayo de 1673. Continuó sus estudios en Salamanca, graduándose de maestro en artes y doctor en teología. Regentó cátedras de filosofía, teología y elocuencia, y en 1709 obtuvo en propiedad la de lengua sagrada; llegando á ser en esta época vicario provincial de su religion. Por el acierto y desempeño de sus cargos le nombró S. M. teólogo de la junta de la Concepcion y su predicador. En 1713, al fundarse la Academia española, fué nombrado individuo de ella, y á él se debió en gran parte el trabajo del Diccionario, en el cual empleó muchos años. Desde niño descubrió un gran talento, y se dedicó á todo

género de literatura, sobresaliendo en la oratoria, en la poesía, en la filosofía y en la teología; mereciendo el aprecio de todos los literatos y sabios de su tiempo. Murió en octubre de 1730. Escribió bastantes obras, y entre otras publicó las siguientes: Epítome de la vida de Santa María Cervellon; Elogios y oraciones fúnebres de varios santos y reyes; Exámen de las verdaderas verdades; El pintor cristiano; traduciendo el primero el Catecismo histórico del abate Fleury.

D. Juan de Ferreras tuvo su cuna en La Bañeza, obispado de Astorga, y nació en 1º de junio de 1632. Fueron sus padres D. Antonio Ferreras y Doña Antonia García de la Cruz, ambos nobles, que le educaron con esmero y cristianamente. Aprendió en su pueblo las primeras letras, en Monforte de Lemos la gramática, la filosofía con los dominicos, y la teología en Valladolid, concluyendo su carrera en Salamanca. Hizo la primera oposicion en Toledo, y fué agraciado en agosto de 1676 con el curato de Santiago en Talavera de la Reina; y en 1681 obtuvo tambien por oposicion el de Alvarez en la Alcarria, en donde se relacionó con el marqués de Mondéjar, quien le enseñó á estudiar la historia, le proporcionó libros, y le comunicó lo mucho que sabia. En 1683 fué trasladado al curato de Carmona de Erteruelar, una legua de Alcalá; y en 1697 el cardenal D. Luis Portocarrero, arzobispo de Toledo, le dió el curato de San Pedro de Madrid, nombrándole además su confesor. Fué luego promovido al curato de San Andrés de Madrid; y nombrado D. Francisco Aquaviva y Aragon, nuncio del papa, examinador y teólogo de su tribunal. El cardenal Portocarrero, siendo gobernador de España en el reinado de D. Carlos II, y el nuncio siempre le consultaban sobre los negocios arduos de la Iglesia y de la nacion, aceptando de continuo su parecer. Clemente XI le dirigió algunos breves muy honoríficos. En 1713 fué nombrado individuo de la real Academia española; y en 1715 obtuvo el nombramiento de bibliotecario mayor de la real, debiéndole esta oficina sus primeras constituciones aprobadas por D. Felipe V en 2 de enero de 1716. Para remunerar sus servicios fué presentado para los obispados de Mocrópoli en Nápoles y de Zamora en España, que no quiso aceptar por su mucha modestia y humildad. Sin embargo de sus muchos cargos y obligaciones, fué constante en el trabajo y en el estudio de las letras, como lo acredita el siguiente catálogo de sus escritos: Disputationes scholasticæ de fide theologica; Disputationes theologice de Deo, último hominis fine; Disputationes theologice de Deo, uno et trino, primoque rerum omnium creatore; Paraphrasis ad Galliarum parochos; Clemente XI, sus homilias; Historia de España; Disertatio de predicatione evangélica in Hispania per sanctum apostolum Jacobum Zebedeum; disertatio apologética de predicatione sancti Jacobi in Hispania; Desengaño católico; Desengaño político; De Incarnatione; De spe; De charitate; Sermones varios; Sobre la bula de cruzada; Sobre la monarquía de Sicilia; Sobre las regalías en cosas eclesiásticas; Sobre el derecho de diezmos; y otros muchos. A pesar de su vida laboriosa gozó de buena salud, y falleció en junio de 1733, á la avanzada edad de 83 años. La literatura y las ciencias le deben grandes adelantos.

El doctor D. Juan Gomez Bravo nació en la villa de Cabeza del Buey, en Extremadura, en noviembre de 1677. Estudió humanidades en Sevilla, y fué luego colegial mayor en el de Cuenca de Salamanca, de donde pasó sucesivamente á la canongía lectoral de la iglesia de Badajoz y á la magistral de Córdoba, en donde organizó y dirigió la casa de expósitos. Fué gobernador de la diócesis en sede vacante. Era muy versado en la historia eclesiástica y civil, muy instruido en las antigüedades y disciplina eclesiástica. Escribió, entre otras obras, un tratado de disciplina de la Iglesia; un compendio de historia eclesiástica, y una noticia histórica de todos los prelados de Córdoba, con anotaciones sobre las iglesias de la diócesis. Murió á la edad de 101 años, en 1778.

D. Joaquín Lorenzo de Villanueva, calificador del Santo Oficio, capellan doctoral de S. M. en la real capilla de la Encarnacion de Madrid. Publicó muchas obras, siendo las principales un Año Cristiano de España, en diez y nueve tomos; las misas de todo el año, traducidas y con su explicacion, y un tomo sobre la lectura de la Biblia en lengua vulgar.

El padre Felipe Scio de San Miguel, de las Escuelas pias, tradujo la Biblia en castellano, y los seis libros de San Juan Crisóstomo, ilustrando las dos obras con preciosas notas, trabajos que prueban sus profundos conocimientos en las lenguas hebrea, griega, latina y castellana, y su gran deseo de que á los españoles aprovecharen los conocimientos en la historia sagrada.

El padre Joaquín Tragia de Santo Domingo, aragonés, escolapio, escribió la Historia eclesiástica de Aragon ó Tarraconense, en que trata de los concilios, disciplina legislativa, estado de las letras, varones ilustres, origen y disciplina de varias órdenes religiosas de la provincia Tarraconense.

Fray Agustin Flamenco, agustino, escribió los Discursos históricos sagrados, con reflexiones místico-morales y políticas sobre los cinco libros de Moisés. ó Historia del pueblo de Dios desde el principio del mundo hasta la entrada en la tierra de promision, y un Discorso sobre el cumplimiento de las profecías y venida al mundo de Nuestro Señor Jesucristo.

El padre M. Goyanes y D. Vicente Serralta dieron á la prensa el Diccionario histórico, cronológico, geográfico y universal de la Santa Biblia.

D. Angel Sanchez, jesuita, natural de Rioseco, publicó la Filosofía del espíritu del corazon, enseñada en el

libro sagrado de los Proverbios y del Eclesiastes, traducidos en rima castellana y aclarados con notas.

El padre José Francisco de Isla, jesuita, publicó la Historia de Fray Gerundio de Campazas; las Reflexiones cristianas sobre las grandes verdades de la fé y sobre los principales misterios de la pasion de Nuestro Señor Jesucristo; las Cartas eruditas; el Método de encomendarse á Dios; y tradujo el Año Cristiano del padre Croisset, y el Gil Blas de Santillana publicado por Lesage.

El padre maestro fray Benito Feijóo, de la órden de San Benito, fué el primero que en España empezó á desterrar el mal gusto, y á sugerir el bueno por medio de su obra intitulada: Teatro crítico, y de sus Cartas sobre diversas materias. Este sabio, mas perspicaz que la generalidad de sus contemporáneos, vió el triste estado de la nacion en punto á literatura y crítica, y determinó publicar una obra en que procuraba desterrar las patrañas que pasaban en el público por verdades. A este fin publicó el Teatro crítico, obra que fué muy combatida, siendo necesario todo el genio del autor para no desmayar en la empresa. La literatura y las ciencias deben mucho á este incansable benedictino, cuyos trabajos sufrieron violenta impugnacion.

(Se continuará)

PIO DE LA SOTA.

Revista de Paris.

El emperador Alejandro ha hecho muchos dichosos en Paris en la última semana. Su aceptación de las proposiciones de paz presentadas por el Austria, fué saludada en la Bolsa con una alza fabulosa en todos los valores que, con ligeras reacciones transitorias, se va continuando hasta el día, pues Paris se abandona á la esperanza, sin duda bien fundada esta vez, de una paz no lejana. Todo el mundo ha salido en ganancia, desde los que comercian con la prima á 10 céntimos, hasta los que ponen en juego millones de francos, sobre todo estos. Así á fines del mes de enero se han podido remediar muchas omisiones, muchos olvidos que se cometieron el 1.º del año. Hé aquí un ejemplo palpante:

Existe en Paris un jóven matrimonio de recursos escasos: un capital de unos veinte mil pesos constituye su fortuna, pobre fortuna, en verdad, en una poblacion donde segun Balzac, el que tiene un franco menos de un millon de renta, se halla casi expuesto á morir de hambre. El marido deseaba naturalmente aumentar su reducido haber, y para ello no habia hallado medio mas expedito que el de jugar el único juego que la ley permite, el de la Bolsa. Recien llegados de una provincia del Norte, la mujer, despues de su residencia en Paris, no se quejaba mas que de una cosa, y es de las repetidas ausencias de su marido, que pasaba los dias fuera de casa pretextando que se entregaba á sus especulaciones.

— Quizá si estuvieras en casa, le decia, irian mejor tus negocios; ya ves con tanto ir y venir lo que adelantas.

— Un poco de paciencia, hija mia, contestaba el jóven marido, tengo esperanzas muy fundadas de que en breve serémos ricos.

Entretanto llegó año nuevo y los aguinaldos conyugales fueron escasos; es verdad que el período era terrible, la Bolsa estaba sufriendo una baja constante. Pero vino el 17 la gran noticia de Viena, y pocos dias despues nuestro especulador entraba en su casa radiante.

— Amiga mia, dijo á su mujer, hoy es cuando vas á recibir tus aguinaldos.

Y entregó á su cara mitad un billete de palco para la representación de aquella noche en los Italianos.

La jóven se sonrió y lanzó un suspiro; el anuncio le habia hecho esperar un regalo mas brillante, pero era razonable, suponía que su marido no podia hacer mas, y le dio gracias lo mismo que si hubiera traído un aderezo espléndido.

La sonrisa y el suspiro revelaban, pues, un bellissimo carácter, la dulce resignacion de una mujer acostumbrada á la medianía que no está en sus gustos, pero sí en su razon. El marido gozoso por la acogida que encontraba su obsequio añadió:

— Pero no es todo, para que la fiesta sea completa comerémos en la fonda.

La dama se sonrió otra vez y se mostró sinceramente satisfecha. Lo que mas la agradaba en toda la diversion es que su marido tomaba parte en ella. Decididamente nuestra heroína era un modelo de afecto conyugal como se encuentran pocos en las regiones parisienses.

Aquella noche cantaba Mario el Barbero de Sevilla, esa obra mil veces maestra de la música italiana. El teatro presentaba un aspecto deslumbrador; su aristocrática concurrencia brillaba en los palcos con ese lujo variado que solo se encuentra en Paris, donde se diria que cada mujer estudia el modo de diferenciarse de las otras inventando prendidos y adornos de un gusto inimitable, verdaderas obras artísticas combinadas con la riqueza y la elegancia.

— Te he prometido que tendrias todas esas cosas cuando fuésemos ricos, dijo nuestro especulador á su esposa tendiendo la vista por aquellas galas.

— Cuando ya sea vieja, contestó para sí la jóven, sin que la reflexión fuese en extremo amarga.

— Buena ha sido la noche, añadió cuando se hubo concluido; estoy muy satisfecha de mis aguinaldos.

— Espera á que los hayas recibido enteramente, observó el marido.

— ¿Cómo! ¿aun falta alguna cosa?

Al pié de la escalera habia un lacayo con librea que presentó á la dama una soberbia esclavina de terciopelo forrada de pieles, un abrigo de reina.

La mujer se quedó atónita.

— Se equivoca Vd., dijo al lacayo.

— No por cierto, repuso el marido.

— ¿Con qué esa esclavina?...

— Es tuya, amiga mia; ¿no te gusta?

— No es prenda para mí, siento mucho que hayas hecho esa locura.

— ¡Oh! no vale nada, y al decir esto hizo una señal al criado la funcion que se alejó rápidamente.

— ¿De quién es ese lacayo? preguntó la señora.

— Es uno de los nuestros.

La jóven se estremeció de sorpresa y de espanto. Lo primero que se la ocurrió es que su marido habia perdido el juicio.

Pero un instante despues el lacayo volvió diciendo que esperaba el carruaje. En efecto, á la puerta habia un hermoso coche con un hermoso tiro de dos caballos. Se abrió la portezuela, se bajó el estribo, el marido hizo subir á su mujer que tomó asiento estupefacta, y él se colocó á su lado.

— Continúan tus aguinaldos, la dijo.

— ¡Es un sueño!...

— No, es una realidad muy deseada.

Al cabo de cinco minutos el carruaje entraba en el patio de una bonita casa situada en uno de los barrios céntricos de Paris.

— Hémos aquí en casa, dijo el marido, y se van concluyendo ya tus aguinaldos.

No es posible pintar lo que experimentaba la jóven esposa con aquella séria de sorpresas y de encantos que se iban sucediendo sin interrupcion; la casa en donde habia entrado con su marido estaba adornada espléndidamente, y cuando anonadada por la emocion cayó sobre un sofá, su implacable esposo la presentó un estuche con un aderezo de diamantes y exclamó:

— Ahora puedes decir si estás contenta con tus aguinaldos.

La explicacion que pidió la esposa era muy fácil; su marido habia sido uno de los favorecidos por la suerte en la Bolsa, y en vez de entrar en su casa diciendo: — Ya somos ricos, habia querido dramatizar esta revelacion tan agradable.

Y no se crea fábula este lance, pues es una historia auténtica, que el cronista de un periódico de Paris de donde la extractamos, ha recogido en el salon de un agente de cambio en la semana última, y sabido es que en casa de esos señores nunca se inventa nada.

A propósito del Teatro Italiano decíamos en las líneas anteriores que la variedad constituye el mérito principal en las modas parisienses. ¡Cuán lejos estamos, en efecto, de aquellas épocas en que el capricho de una reina de la moda, como decian entónces, era una ley para el mundo elegante! — Esto nos recuerda una anecdota de fecha ya atrasada, pero que no por eso es ménos curiosa en nuestros dias, donde el horror de la uniformidad, sobre todo en los detalles del prendido femenino, se halla tan pronunciado.

Cuando la célebre actriz Mlle. Mars reinaba en la escena francesa, era tambien la que dictaba las leyes supremas de la moda; las costureras estudiaban sus vestidos como otros tantos modelos cuya primacia se disputaban las señoras mas notables de la época. Se dice que Mlle. Mars habia concluido un tratado secreto con su modista, en cuya virtud esta se habia comprometido á no suministrar á nadie sombreros parecidos á los suyos sino al cabo de ocho dias que ya se conocieran los que habia confeccionado para ella.

Esta ventaja que tenia la actriz de llevar siempre cosas nuevas ocasionó una aventura singular. La seductora *Celimenia* habia ido á representar á Lyon, y al otro dia de su estreno recibió con sorpresa en su fonda la visita de uno de los principales fabricantes de sederías.

— Señorita, la dijo sin mas preámbulos, Vd. puede hacer mi fortuna.

— ¡Yo! me alegro mucho, pero veámos como.

— Admitiendo esta pieza de tela como regalo.

Y la desplegó sobre una mesa; era un magnífico terciopelo de color amarillo. La actriz se creyó en presencia de un loco.

— ¿Y qué quiere Vd. que haga con este terciopelo?

— Un vestido: una vez que salga Vd. con él, todas las señoras querrán tenerlo, y está hecha mi fortuna.

— Pero no sé que se haya llevado nunca un vestido amarillo.

— Justamente: se trata de ponerlo á la moda. Suplico á Vd. que no le desprecie.

— No por cierto, respondió la actriz, y se levantó á tomar dinero para pagarle.

— Nada de eso, exclamó el industrial, bien pagado estaré haciendo mi fortuna. Todo lo que deseo es que dé Vd. las señas de mi fábrica.

La actriz consintió en todo por desembarazarse de aquel importuno.

De vuelta en Paris, Mlle. Mars hablando con su costurera la dijo:

— Voy á enseñar á Vd. una pieza de terciopelo que he traído de Lyon, para que vea cómo podriamos aprovecharla.

— Su calidad es soberbia, pero no acierto para que serviría.

— Me le dieron para un vestido.

— ¡Un vestido amarillo! Jamás ha salido de mi casa tal aderesio.

— ¿Y si lo probáramos?

— A Vd. todo le es permitido.

— Pocos dias despues Mlle. Mars trabajaba en una pieza que debia representarse ántes de una tragedia en que salia

Talma. Habia concluido de vestirse, y mirándose en todos sentidos en su espejo, exclamó:

— Es imposible que me presente en escena con este traje.

Y mandó que se advirtiera al público que no podia representarse la pieza anunciada.

El director acudió volando.

¿Pero cómo quiere Vd. que cambiemos la funcion á estas horas? El teatro está lleno de gente que espera con impaciencia la salida de su actriz favorita.

— Lo siento mucho, pero no puedo presentarme así, y el cambiar de traje pide mucho tiempo.

El director se retiró consternado y contó lo que pasaba. Talma quiso examinar aquel vestido que ponía en revolucion todo el teatro. Talma poseia en alto grado la ciencia del traje; sabia cuales son los colores que corresponden á tal edad, á tal fisonomía y qué efecto producen en las tablas. Al ver entrar á Talma, la actriz exclamó:

— Mira qué ridícula estoy con mi vestido amarillo; parece un canario.

— Ridícula, amiga mia; todo lo contrario; tu vestido es del mejor gusto, está admirablemente con tu rostro, con tu hermoso pelo negro, con tus ojos brillantes, el amarillo es favorable á las morenas. Preséntate así, nunca has estado mas hermosa.

— Lo dices para que se ejecute la pieza.

— Te juro que tu vestido hará furor; es nuevo, es original; no parecerás un canario, sino un topacio: ¿no eres tú el diamante del Teatro Francés?

Mlle. Mars, decidida por la opinion de Talma manifestada con tanta gracia, entra en escena no sin inquietud; un murmullo lisonjero saluda su presencia, todos los anteojos se fijan en su traje, por último resuenan tres salvas de aplausos y se oyen circular por todas partes estas palabras: « ¡Qué vestido tan admirable! »

Al otro dia todo Paris hablaba del vestido de la cómica, y dos semanas despues no se veia otro traje en los salones; las modistas no podian con los encargos, y desde entónces figura el amarillo entre los colores empleados para los vestidos de señora.

Cuando algunos años despues volvió á Lyon Mlle. Mars, el fabricante, cuya fortuna hizo realmente, la dió una fiesta soberbia en la bonita casa de campo que habia comprado á las márgenes del Saona con el producto de su terciopelo cuyo despacho habia sido prodigioso.

En época mas reciente, un personaje muerto hace poco en Paris, y que podrémos llamar célebre, el conde Alfredo de Orsay, era tambien un árbitro de la moda. Durante su permanencia en Londres en 1844 hizo la fortuna de un comerciante francés de novedades establecido allí, hé aquí cómo:

El comerciante estaba á punto de quebrar y ántes de arrojarse al Támesis se dirigió á casa del conde.

— ¿Pero todo está perdido? le preguntó este.

— Todo; lo que me queda es para pagar lo que debo; así no habré perjudicado á nadie.

— Vamos á ver lo que hay.

Y el conde llega á casa del comerciante, inspecciona, registra, mira...

— ¿Qué es esto? le pregunta, tocando con el pié un bulto que estaba en el suelo.

— Es una pieza de tela de costales, señor conde.

— Veámosla.

El comerciante desarrolla el lienzo; el conde examina aquel tejido toscó y exclama:

— Muy bien, envíeme Vd. diez yards de ese lienzo á mi casa, y pienso que en poco tiempo ganará Vd. dos ó tres mil libras esterlinas. Venga Vd. á verme mañana por la noche.

El comerciante obedece; el conde pide un oficial de sastre, se encierra con él todo el dia, y cuando por la noche llega el pobre tendero, le dice:

— Está hecho el negocio; pasado mañana en las carreras de caballos de Ascot me presento con este pantalon de lienzo cortado de este modo nuevo y respuntado en todas sus costuras, y al otro dia cien lores van á casa de Vd. á encargarle otros parecidos: les venderá Vd. mil, que á tres libras cada uno hacen setenta y cinco mil francos. Aquí está el oficial que los corta.

Sucedió lo que el conde habia previsto, el comerciante restableció su casa que es hoy una de las primeras tiendas de Regent street. — Felicitémos de ir sacudiendo el yugo de estas arbitrariedades de la moda.

MARIANO URRABIETA.

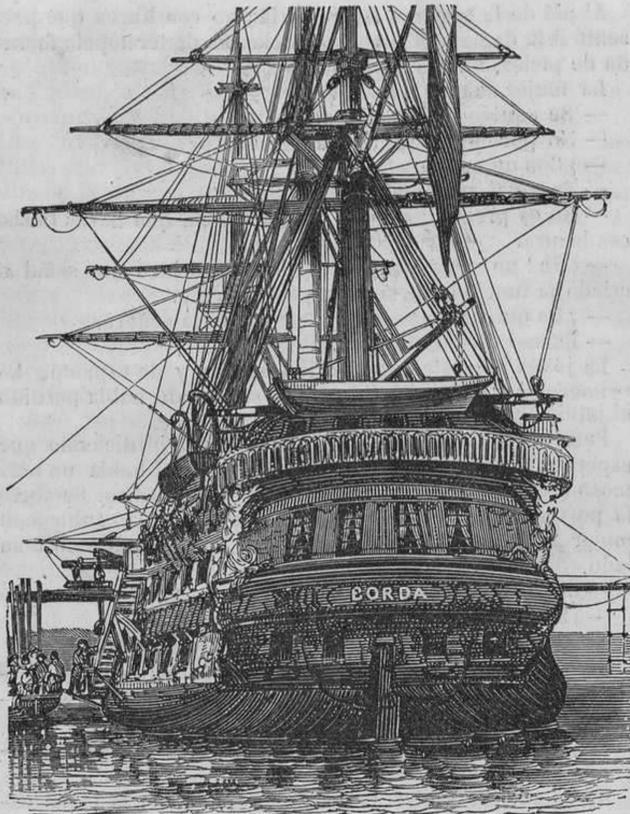
Escuela naval de Brest.

EL BORDA.—(GRAB. N.º 2.)

La escuela naval se estableció á título de ensayo á bordo del navio *el Orion* desde fines de 1827, pero su constitucion definitiva como establecimiento destinado á reemplazar el colegio real de la marina de Angulema data de fines de 1830.

En 1839 el navio *el Orion* estando muy viejo ya y siendo además insuficiente para el número siempre en aumento de los discípulos admitidos, hubo que pensar en trasportar la escuela á otro colegio. Como el primer navio-escuela no habia dado todos los resultados que se esperaban, se vaciló entre sostener la escuela á bordo de un navio ó restablecerla otra vez en tierra cuando la entrada del almirante Duperré en el ministerio decidió la cuestion en favor de la escuela flotante. El navio *el*

Comercio de Paris que estaba componiéndose en el puerto de Brest fué designado para reemplazar al *Orion*. Así pues, el buque se compuso de modo que pudiera permanecer largo tiempo en la rada, y las disposiciones que recibió tuvieron por objeto dar á las diferentes partes de la enseñanza de los discípulos todas las facilidades que puede haber á bordo de un buque, espacio muy limitado si se compara con las necesidades de semejante servicio. A consecuencia de su cambio de destino, el *Comercio* dejó su nombre y tomó el de *Borda*. El *Borda* armado en guerra, llevaría 90 cañones, pero no tiene mas que 18 y su arboladura es la de una fragata de 60.



II. El Borda. — Navío-escuela en Brest.

Los dias de clase hay tres recreos, que se anuncian siempre con un cañonazo. A esta señal los discípulos se esparcen por todas las partes del navío que les están consagradas. Algunos se pasean sobre los anfiteatros, otros en las baterías y otros se entregan á los juegos gimnásticos en los palos.

LA HORA DE LEVANTARSE. — N° 4.

Los discípulos se acuestan en la batería baja y en ha-



III. El Borda. — Un fistón jugado en cinco puntos.



I. El Borda. — Llegada de los discípulos.

ENTRADA EN LA ESCUELA. — N° 1.

Los discípulos admitidos cada año en la escuela naval deben haber entrado en ella en la primera semana de octubre, pues las clases se abren ordinariamente el 5 ó el 6 de ese mes. Por lo regular acompaña al discípulo alguna persona de su familia ó por lo ménos un correspondiente. Los jóvenes son trasportados de tierra al navío-escuela por barcos de paso ó por los botes del *Borda*, que los envían en la tarde del dia que precede al de la entrada definitiva. Al punto que llegan á la escuela les visten y les entregan todos los objetos necesarios para sus estudios.

UN FISTÓN JUGADO EN CINCO PUNTOS DE ECARTÉ. — N° 3.

Cada discípulo que ha pasado ya un año en la escuela naval adopta un *fistón*: así llaman en la escuela naval á los discípulos recién venidos. A veces este *fistón* es

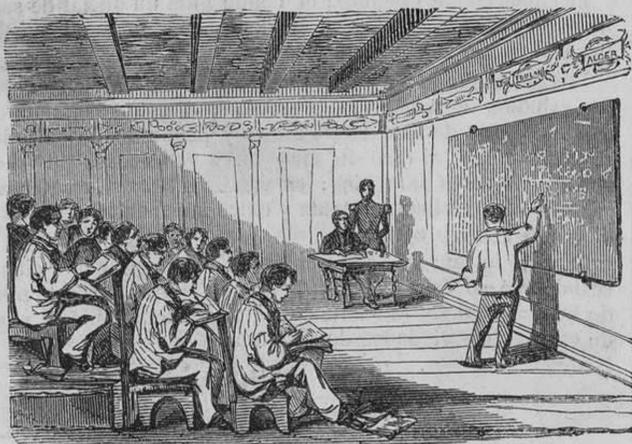


IV. El Borda. — Los discípulos levantándose.

macas que cuelgan todas las noches de ganchos numerados. Por la mañana á las cinco se toca diana y á esta señal los discípulos se levantan y doblan las hamacas. Diez minutos despues se da otro redoble, y á esta nueva señal los discípulos se echan al hombro las hamacas y las llevan á los parapetos á paso acelerado que es el paso de todos los movimientos generales de los discípulos.

LA INSPECCION. N° 12.

Todos los domingos los discípulos se reúnen por divisiones fraccionadas en dos partes en la batería baja del buque ó sobre cubierta segun la estacion, ó segun el tiempo. A la cabeza de cada fraccion de division ó escuadron va un oficial que la manda. Los oficiales inspeccionan previamente su escuadra y dan cuenta al segundo comandante de la escuela. Cuando se han pasado estas diferentes revistas particulares se advierte al primer comandante



V. El Borda. — Los discípulos en clase.

ros y una comida tal que solo las familias ricas pueden estar tan bien servidas como ellos por la calidad y la cantidad de los manjares. Sin embargo, el gasto diario por el alimento no pasa de 70 céntimos por discípulo.

LOS DISCÍPULOS Á LA MESA. — N° 6.

Los discípulos se reparten en dos divisiones distintas que ocupan cada una una banda de la batería baja del navío. Cada division se distribuye en pelotones de doce ó trece discípulos que comen juntos. Esta reunion se llama una mesa: hay catorce mesas y otros tantos criados para servirlos. Las mesas se ponen colgadas por medio de cuerdas con ganchos un poco ántes del momento de la comida y desaparecen despues. Los discípulos se sientan en torno de las mesas en sillas de tijera.

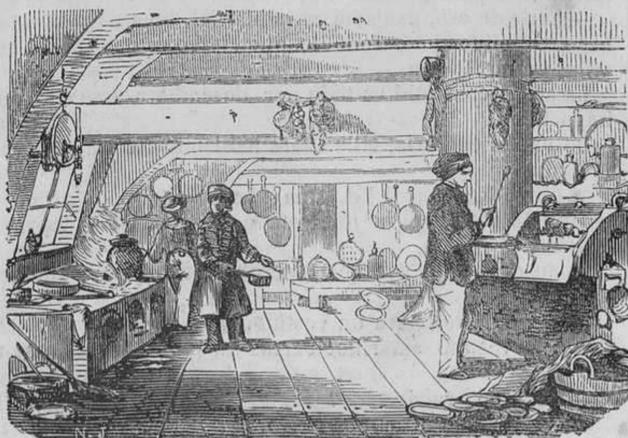


VI. El Borda. — La comida de los discípulos.

un pariente ó al ménos un conocido del que le adopta, pero suele suceder que algunos de los antiguos no teniendo *fistones* en los que llegan se distribuyen aquellos que carecen tambien de conocidos. En este caso, aunque los naipes están prohibidos á bordo del *Borda*, se juega el *fistón* vacante al ecarté y se le lleva el que gana.

LA COCINA. — N° 7.

La cocina del navío colocada en la batería alta se halla reservada para el servicio del comandante, de los oficiales y de los discípulos. La cocina del comandante y de los oficiales está á babor y la de los discípulos ocupa todo el lado de estribor. Estos últimos tienen dos cocine-



VII. El Borda. — La cocina.

que se presenta en medio de los discípulos. Al redoble que anuncia su llegada, las escuadras se alejan; se inspecciona su equipo primeramente y luego los dos comandantes toman el uno la primera division y el otro la segunda y leen á los discípulos sucesivamente sus notas y sus castigos de la semana.

DISCÍPULOS EN DIPUTACION CERCA DEL COMANDANTE — N° 9.

Es costumbre en la escuela naval que cuantas veces hay que hacer una peticion al comandante sean los cabos (ó primeros discípulos por órden de mérito), los que llevan la palabra en nombre de sus camaradas. Nuestro dibujo representa una diputacion de cabos en presencia del comandante.

LOS DISCÍPULOS EN CLASE. — N° 5.

Hay en la segunda batería del navío dos clases para los cursos una por division; estas clases se hallan separadas una de otra por medio de un tabique. Un grande encerado puesto sobre una plata-forma de metro y medio de altura



VIII. El Borda. — El calabozo.

ocupa la extremidad de cada clase opuesta al tabique que las separa. Los discípulos sentados en banquillos ambulantes dispuestos en anfiteatro pueden ver fácilmente el cuadro mientras oyen la leccion del profesor.

ENFERMERÍA. — N° 10.

A popa del navío y mas allá del puesto ocupado por los ayudantes de vigilancia, se ha reservado un espacio poco extenso con dos camas de hierro, una mesa y un armario que encierra el botiquin. Este sitio se llama la enfermería, y á ella van los discípulos cuando solo están indispuestos, ó para recibir los primeros cuidados ántes de que los envíen al hospital de la marina, adonde los mandan si se hallan atacados seriamente.

EL CALABOZO. — N° 8.

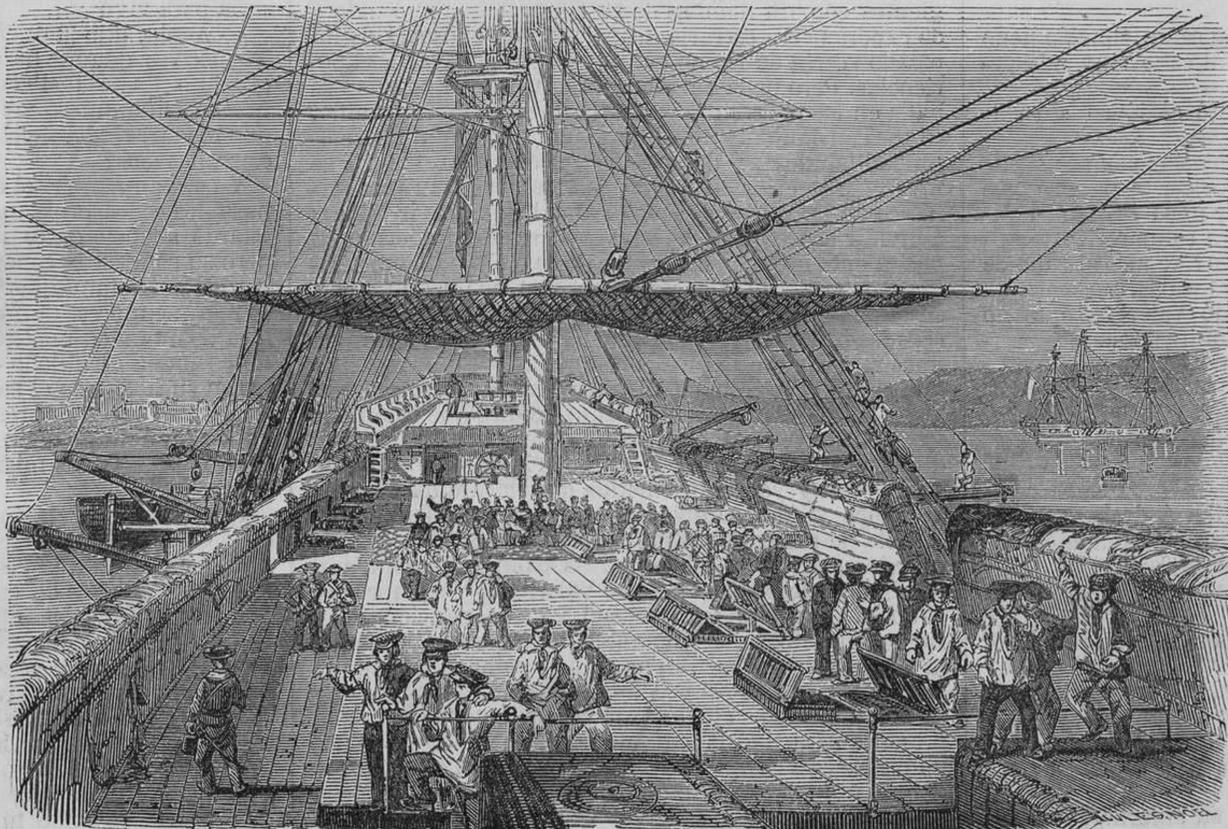
De todos los castigos que se imponen á los discípulos



IX. El Borda. — La diputacion cerca del comandante.



X. El Borda. — La enfermería.

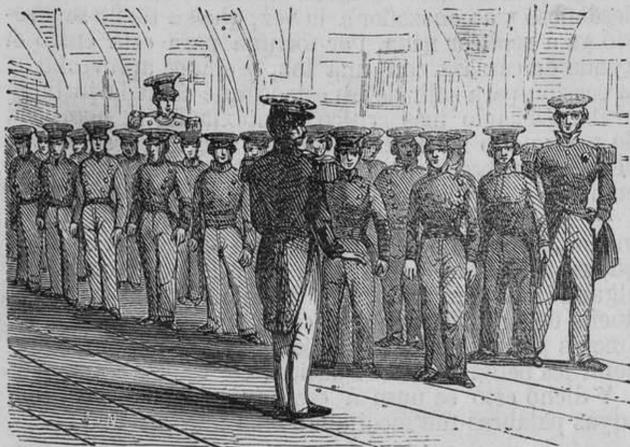


XI. El Borda. — Los discípulos á la hora del recreo.

LA CÁMARA BAJA. — N° 13.

A bordo de todos los navíos se reserva á popa de la segunda batería un alojamiento llamado cámara baja, separado de esa batería por un tabique movable que se quita los dias de combate.

A bordo del Borda no solo el tabique está fijo sino que hay ocho camarotes particulares de oficial en torno de la cámara. La cámara baja sirve de comedor y de sitio ordinario de reunion para todos los miembros del estado mayor del buque, cualesquiera que sean sus títulos ó las funciones que ejerzan en la escuela. En esa cámara se reúnen los consejos de justicia para calificar los delitos que segun los términos de la ley, están bajo el dominio de la disciplina de los buques. Ahí tambien se reúnen los consejos de ascenso, una vez por año. En este caso toda la tripulacion desfila, hombre por hombre, ante el consejo, y cada uno de aquellos en



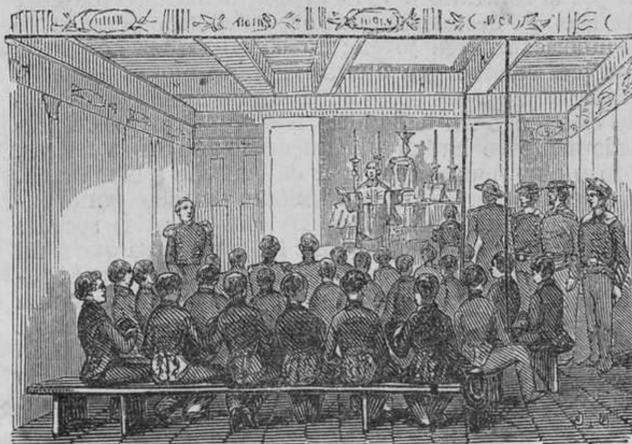
XII. El Borda. — La inspeccion.

mientras permanecen en la escuela-naval el encierro en el calabozo es el mas grave. (A las tres veces que sufren esta pena son despedidos). El calabozo es una celdilla privada de luz que se halla á un extremo del navío. En él háy un camastro de madera donde puede dormir el discípulo. El preso está condenado á pan y agua; sin embargo, le conceden una hora cada dia para que salga á tomar el aire con sus compañeros.

LA MISA. — N° 14.

La misa se dice en los anfiteatros consagrados á las clases. Se quita el tabique que las separa y queda una vasta pieza donde se disponen los bancos una mitad á estribor para la primera division y la otra á babor para la segunda. Detrás del cuadro del primer anfiteatro hay

un armario muy grande que contiene un altar. Este armario se abre y se despliega una alfombra sobre los escalones de la plataforma de que hemos hablado. Luego una guardia compuesta de un cabo, un tambor y ocho marineros armados de fusiles precede á los discípulos en la capilla improvisada. Despues entran los jóvenes y se colocan delante de sus bancos y entónces un oficial viene á ponerse á la cabeza de la guardia, y los dos comandantes acompañados de los oficiales de servicio pasan á la capilla donde se anuncia su llegada con un redoble prolongado. Comandantes y oficiales toman asiento á la cabeza de la primera division de los discípulos cerca del altar. Pero despues de concluido el redoble el capellan advertido sale de un cuartito que hace de sacristía y sube al altar. La misa se dice militarmente y se termina con un *Domine salvum* cantado por el grumete niño de coro. A este canto sucede una plegaria escrita, can-



XIV. El Borda. — La misa.



XIII. El Borda. — La cámara baja.

quienes pueden recaer los votos es interrogado por el comandante presidente, previa la demanda de uno ó mas miembros del consejo. El oficial que ha provocado el interrogatorio puede tambien hacer preguntas, con la autorizacion del presidente.

Concluirémos en el próximo número esta revista de la escuela-naval de Brest, una de las mejores instituciones del sistema militar de la Francia.

VALERIANO.

(Continuacion.)

— ¿Cómo es eso? dijo de repente á su oido una voz vibrante; ¿porqué no habeis continuado tocando? Valeriano se volvió con presteza y distinguió en pié

detrás de él á la condesa con un vestido blanco un poco escotado, con los brazos desnudos y flores en la cabeza. Estaba tan absorto en su meditacion que no la habia oido entrar por otra puerta y adelantarse sobre la alfombra. Al verla de súbito tan graciosamente vestida, tan bella, se quedó deslumbrado y sin poder pronunciar una palabra.

La condesa prosiguió diciendo :

— Lo siento mucho, pues me gustaba vestirme oyendo la música. Vamos, ya que no quereis tocar, cededme el puesto, perezoso.

Y con su linda mano le empujó ligeramente el hombro.

Valeriano como si hubiese obedecido al impulso de una fuerza poderosa, siguió el movimiento que le daban, y se fué á un sillón colocado en el otro extremo de la pieza. La condesa le preguntó :

— ¿Os gusta Schubert?

— No le conozco, contestó Valeriano.

— ¡No le conocéis! Sois un verdadero salvaje. ¡No conocer la música de Schubert, ese rey de la melodía que tan bien ha comprendido y manifestado todos los sentimientos, todas las pasiones; que tiene una queja para todos los dolores del alma y un canto para todas las alegrías! Pues os diré que es mi músico favorito. Su *Serenata* es magnífica; habla á la vez al corazón y á...

Pero cortando de súbito la frase añadió vivamente :

— Oídla y juzgaréis.

Y con aquella misma voz que resonando en medio de la noche habia conmovido á Valeriano tan profundamente, la condesa se puso á cantar la *Serenata*. Todas cuantas ternuras inefables, deseos velados y delirantes esperanzas encierra ese canto divino llenaron el alma de Valeriano, tan hábilmente interpretaba la condesa el pensamiento del maestro.

Un momento de silencio siguió al canto, silencio lleno de emociones y de peligros, que al cabo vino á interrumpir la condesa.

— ¿Qué decís de esto? preguntó al jóven sin volverse.

El pobre Valeriano solo pudo contestar con sus lágrimas. La condesa las adivinó sin verlas, y para sacarle de aquel trance se puso á ejecutar unas brillantes variaciones que le dieron tiempo para calmarse.

— ¿No es cierto que es magnífico? repuso al cabo de algunos instantes continuando sus escalas.

— Magnífico á fé mia, respondió Valeriano que no hallaba palabras para pintar su admiracion.

— ¿Queréis que os enseñe la *Serenata*?

— ¿A mí?

— A vos estoy hablando.

— ¡Oh! mil gracias, jamás podria cantarla.

— ¿Y porqué?

— Porque...

— Porque me volveria loco... iba á decir, pero se detuvo no atreviéndose á concluir su pensamiento.

En aquel instante entró madama de Terray.

— ¿Quieres venir, hermosa mia? la dijo; la comida está dispuesta y se enfria la sopa.

— ¿Quereis dispensarnos el favor de comer con nosotras, Valeriano? le dijo.

— Mil gracias, señora, respondió el jóven corriendo á la ventana para ver el sol; pero deben ser las seis y mi madre estará asustada. ¡Las seis ya! ¡cómo pasa el tiempo! Tengo que dar una carrera; ¡Dios mio! ¿qué diré á mi madre para disculparme?

— Que estabais acompañando á su enferma, y veréis como os perdona. Os suplico que la presenteis mis respetos, y vos me prometeréis que vendréis á verme. Os debo demasiado para no sentir la necesidad de deciros á menudo que os estoy muy agradecida. Y ahora un apretón de manos á la inglesa.

Y tendió su mano á Valeriano que la tocó con la suya sonrojándose, y salió sin añadir una palabra.

Al entrar en la Casa-Florida Valeriano encontró en efecto á su tia y su prima que le esperaban con impaciencia.

— ¿De dónde vienes tan tarde, hijo mio? le preguntó madama Hubert.

— Vengo de pasearme á caballo con el comandante, respondió el jóven.

Madama Hubert creyó esta mentira. ¿Cómo no creer al que se sabe no miente nunca? Pero no podia suceder lo mismo con Eugenia. Corriendo por el jardín para ver si descubria á Valeriano, dos ó tres horas ántes habia visto á M. Jacquín que salia solo de su barca. No obstante, signiéndose sus hábitos de reserva, dejó pasar la asercion de su primo sin hacer un ademán de sorpresa.

Durante este tiempo las dos señoras acababan de comer en el castillo. El ayuda de cámara despues de haber preparado los postres recibió de la marquesa la orden de que se retirara. Ya iba á obedecer cuando la marquesa añadió :

— Esperad, Federico; tengo algo que deciros. Acordaos una vez por todas de que el acero da mal gusto á las frutas, y no olvideis en adelante el sacarnos los cuchillos de plata para los postres.

Federico reparó su olvido y salió.

— Y ahora, hermosa mia, repuso la dama poniéndose á mondar con muchas precauciones un melocoton soberbio, hablaremos nosotras un poquito. ¿Qué te propones hacer de ese jóven?

— ¿De quién hablais, tia? dijo la condesa con acento serio.

— De Valeriano. Te ha sacado del agua, lo que prueba que es mas diestro y amable que ese bruto de alcalde que me ha dejado caer en el fango; te ha salvado

la vida; tiene hermosos ojos y unos dientes muy blancos, y confieso que no carece de cierto airecillo sentimental cuando habla del sol y de la luna; sin embargo, no puedo creer que le ames.

— La observacion es tan singular que no puedo considerarla sino como una chanza.

— Pues no me chanco, mi querida Agata, repuso la marquesa probando con solemnidad un pedazo de su melocoton mojado en vino de Burdeos; no tengo mas familia que tú, y te profeso un afecto de madre. La mejor prueba es que he consentido en seguirte á este desierto donde te ha traído tu imaginacion novelesca, arrojando primero las incomodidades de un viaje largo, y ahora los enojos de una vida salvaje. A tu edad, en tu posicion y bonita como eres, no podias en verdad ponerte á viajar sola; te hacia falta un mentor, y me he sacrificado á tu capricho. No lo atribuyo á mérito, he cumplido con mi deber y nada mas; pero habiéndome impuesto esta carga, no llevarás á mal, se me figura, que te sirva de algo. Ahora bien, creo que debo aconsejarte en tu posicion actual, y el consejo es que si no tienes cuidado, la aventura acabará malamente. El jóven se volverá loco de amor por tí si es que no lo esté ya. El reconocimiento, su juventud, la falta de distracciones podrian inspirarte demasiada indulgencia en su favor, y poco á poco podrian conducirte á faltar á tus deberes. ¡Oh! entendámonos; no quiero predicarte una moral absurda, y no porque soy vieja olvido que hay jóvenes en el mundo. Reconozco que la conducta de tu marido te da derecho á alguna libertad; él corre por su lado, sin ningun miramiento. Por eso las observaciones que voy á someter á tu juicio giran sobre las circunstancias, y no sobre el fondo mismo del asunto de que tratamos. Si te viese dispuesta á entablar unas relaciones convenientes con un hombre de tu clase, lleno de mundo y de experiencia, cerraria los ojos y no abusaria de mi posicion cerca de tí sino para ayudarte á salvar las apariencias. Pero nada de eso; el individuo en cuestion se halla en las peores condiciones. Primero es muy niño, y por consiguiente muy ingenuo, pero de una ingenuidad fabulosa, y despues pertenece á una familia de un rango inferior en la que las ideas son tan mezquinas como las rentas. Su fortuna no le permite ir á Paris á dividir contigo los placeres costosos del invierno; su nacimiento le cierra la entrada de tu sociedad. Pero aunque no existieran estos impedimentos de fuerza mayor, su ignorancia total de la vida le haria cometer mil necedades funestas. Así pues, no hay que pensar sino en unas relaciones que puedan ser serias y duraderas. Por otra parte, si se trata de divertirse nada mas en el mes y medio que piensas pasar aquí, te diré que esto tiene varios inconvenientes. El capítulo de los pasatiempos es difícil y peligroso. Nunca aconsejaria á una mujer de cierta edad y ya comprometida que llevara así el amor al galope y que cambiara de galanes al tiempo que cambia de residencia. Eso no puede ser, y aun cuando estuvieras decidida á entrar en esa espinosa carrera, aun trataria yo de desviarte de ese Valeriano, y siempre por el doble motivo de su juventud y de su posicion inferior en el mundo. Los hombres aman frenéticamente la primera vez, y los de humilde condicion cuando se han visto escuchados por una persona noble no hay medio de hacerles oír luego la razon. Doble peligro que presenta para tí el jóven Valeriano. Si le dieras oídos no podrias ya deshacerte de él, te seguiria que quieras que no quieras hasta lo último del mundo, y en medio de Paris llorando y riñendo te armaria un escándalo ridículo. Hé ahí, querida mia, lo que tenia que comunicarte; te doy gracias porque me has escuchado con atencion y en silencio; ya sabes que mi pecho está delicado, y solo el gran interés con que te miro ha podido decidirme á pronunciar semejante discurso; pero estoy rendida.

Y para confortarse la buena señora tomó el último pedazo de un melocoton acompañándole con media copa de vino de Burdeos bien azucarado.

Agata la habia escuchado muy serena con los brazos cruzados sobre el pecho y los ojos fijos en un plato. Cuando la dió tiempo para que tomara aliento, respondió con mucha sangre fria.

— Querida tia, no me atribuyais ningun mérito por no haberos interrumpido. Mi respeto por vuestros años y la gratitud que me inspira vuestro buen afecto me ordenaban la atencion, ántes que la simple cortesía. Os agradezco vuestra franqueza, y voy á tratar de imitarla. Léjos de creerme culpable de ligereza ó de coquetería por haber demostrado ciertas consideraciones al hombre que me ha salvado la vida, creo haber obedecido así por el contrario á todo lo que debia. No creí tener precision de declararos que ni remotamente pensaba yo en amoríos con ese jóven; no concibo que se organice una pasion, y hasta ahora ignoraba que se pudiesen aplicar al amor los procedimientos de la mecánica. Sobre esto tengo sin duda ideas falsas, puesto que desgraciadamente se hallan en desacuerdo con las vuestras, pero que no puedo abandonar de la noche á la mañana. El amor me parece un sentimiento de todo punto involuntario, independiente de las conveniencias sociales y de los cálculos diplomáticos. La única cosa que á mi juicio pueda contener su expansion es el deber. Si tuviera la desgracia de sentir por otro que mi marido una inclinacion de ese género, sabiendo lo que me debo á mí misma, sabria tambien poner mi corazón al abrigo de una pasion criminal y mi honra á cubierto de todo peligro. Podeis tranquilizaros, pues, y confiar en mí, que sin tener vuestra experiencia, tampoco soy una niña.

— Dios mio, repuso la marquesa con una voz tanto

mas melosa cuanto mas amargas iban á ser sus palabras, no pongo en duda un momento la bondad de tus principios y la fuerza de tus resoluciones, pero como dice la Escritura, si el espíritu es fuerte la carne es débil. Nadie puede estar seguro de sí mismo, bien lo sabes. Hace algunos años cuando aun estabas soltera, no tenias principios ménos excelentes ni resoluciones ménos fuertes y sin embargo...

— Pues bien, si hoy como entónces, interrumpió vivamente la condesa que habia palidecido ligeramente, los sucesos mas fuertes que mi voluntad engañasen mis esperanzas, sabria como entónces no implorar la proteccion de nadie, y como vuestra prudencia os pone siempre ostensiblemente fuera de toda accion, os liberta naturalmente de toda responsabilidad. Por lo demás, no pienso comprometer de modo alguno esa tranquilidad de alma y de cuerpo á que dais tanto precio. Si teneis alguna inquietud con respecto á mí, podeis deshaceros de ella fácilmente. He resuelto pasar aquí lo restante del verano, pero no estais obligada á permanecer en mi compañía; os agradezco los cuidados que os habeis tomado hasta aquí, y sin querer abusar de vuestro afecto os devuelvo vuestra libertad y recobro la mia. Me siento con fuerzas para volar con mis propias alas, si caigo, tanto peor, es asunto mio. Esta misma noche podeis mandar que os dispongan el carruaje, si bien os parece.

— Yo, dejarte, hija mia, exclamó la marquesa con tono sentimental; ¿y qué haria yo separada de tí?

— Tranquilizaos, respondió la condesa con tono desdenoso, sé lo que os gustan vuestras comodidades, y no soy mujer para dejar en la indigencia á una tia que me ha visto crecer á su lado y que habria podido ser mi madre. Fijad vos misma la suma que creais necesaria para vivir y...

— Agata, dijo la dueña, ¿puedes creer que sean esos los motivos que me hacen permanecer en tu compañía? ¡Oh! no haces justicia á mi corazón. Porque eres mi único cariño quiero vivir contigo y cerca de tí. ¿Piensas que me atreveré á morir sola sin tener á nadie que me cierre los ojos?

Y para aumentar el afecto de estas tiernas palabras puso los codos en la mesa y la cabeza en sus manos y guardó silencio como una persona que está llorando; pero su sobrina la conocia á fondo, y supió descubrir la verdad entre tan falsas apariencias. La verdad era que la marquesa acostumbrada al lujo se estremecía con la idea de una vida modesta. A la muerte de su marido á quien habia arruinado con sus prodigalidades, encontró en su hermano el baron de Pontis un refugio contra la pobreza y estaba resuelta á terminar sus dias cerca de Agata, á fin de disfrutar hasta el último instante en casa de la hija las mismas comodidades que en la del padre.

Conociendo por la inmovilidad y el silencio de la condesa que no obtendria la concesion, se decidió á retroceder y prosiguió diciendo :

— No hablemos de eso mas, querida mia, nunca he pensado contrariarte y todo lo que te he dicho es por tu bien. No me culpes de lo que me haya engañado, pues ha sido por exceso de buena intencion. Todo lo que te deseo es que vivas feliz y tranquila, y puedes contar en todas las ocasiones y contra todo el mundo, sin exceptuar á tu marido.

— ¡El conde de Barjols! respondió Agata con ironía; ¿y en qué puedo temerle? No le he faltado en nada, mientras él se come mi fortuna. Si uno de los dos debiese temer al otro, no seria yo ciertamente. ¡Mi marido!

Y pronunció estas últimas palabras con un tono tan desdenoso y amenazador á la vez, que su tia no se atrevió ya á replicar nada. Por fortuna para esta entró el ayuda de cámara con una luz, y ella se aprovechó de la ocasion para salir de un estado que á cada instante se iba haciendo mas crítico. Pretextando la necesidad de reposo, dió las buenas noches á la condesa, que se dejó dar un beso con aire indiferente, y se retiró á su cuarto.

— No creia las cosas tan adelantadas, se dijo á sí misma despues de encerrarse en su cuarto. Es evidente que no mira con indiferencia al mozuelo, y cometeria alguna imprudencia si no la dicen nada. Ahora que es dueña de su fortuna, seria capaz de entregarse á los amores platónicos. En interés de todos, es preciso prevenir los peligros de la situacion.

Y dicho esto se puso á escribir la carta siguiente, cuyas palabras fué meditando bien una por una :

« Mi querido Arturo :

» No extrañéis que hayamos guardado silencio. Un gran accidente que por fortuna no ha tenido malos resultados, nos ha impedido escribiros hasta ahora. Nuestra pobre Agata ha estado para morir ahogada en la noche que llegamos aquí; pero tranquilizaos, todo se gobernó con algunos dias de fiebre, y en este momento está completamente buena. No tardará mucho sin duda en contaros ella misma la historia de su naufragio y de su salvacion; es una aventura bastante novelesca, cuyos pormenores tendrán mas gracia en su pluma que en la mia.

» Vamos á llevar aquí una vida bastante monotonamente. Felizmente Agata se complace mucho en la naturaleza campestre; no piensa mas que en baños, paseos y viajes, y no cesa de hablar del mar, del sol, de las montañas, etc., etc. Hay momentos en que está elocuente. Yo me felicito al verla animada de tan buenas disposiciones, esto me hace esperar que no se aburrirá en los tres meses que piensa pasar aquí, y

» con tal de que ella esté contenta, ya sabéis que yo lo estoy también.

» Tengo que decirlos que hemos hallado aquí una familia de buen trato, establecida hace mucho tiempo en el país. Confieso que no esperaba encontrar en una mala aldea de la Bretaña personas tan finas; será para nosotros un buen recurso. El hijo de la casa, un joven de veinte años, que nada como el difunto Leandro, nos ha ofrecido con gracia sus servicios; nos servirá de guía y de barquero, y con él podremos pasearnos por tierra y por mar sin temor de perdernos ó de ahogarnos.

» Y vos, mi querido Arturo, ¿qué haceis? ¿seguis con vuestros placeres despues de nuestra marcha? No me toca daros consejos ni amonestaros; pero en verdad no puedo comprender que descuideis á vuestra esposa del modo que lo haceis; sois el único que no la encuentra adorable.

» No os incomodeis, mi querido Arturo, por esto que os digo, pero os considero á vos y á vuestra esposa como á mis hijos, y no ceso de pedir á Dios que os haga muy dichosos el uno por el otro. Adios, no dejes de escribirnos.

» Vuestra tia y amiga

» MARQUESA DE TERRAY DE PONTIS. »

La dueña cerró la carta que, para mayor precaucion, puso con un segundo sobre á su modista.

— Si al recibirla, dijo sonriendo, no toma una silla de posta, no creeré ya mas en los maridos.

Y despues se acostó y se durmió con el sueño del justo que acaba de cumplir un gran deber.

En el mismo instante M. Jacquín soñaba que, metamorfoseado en rana, se batia en duelo con madama de Terray, metamorfoseada en cosaco.

Valeriano y la condesa se vieron mutuamente en sueños dorados.

Eugenia no dormia.

IV.

El amor es un sentimiento de todos los países, de todos los estados, de todos los temperamentos, casi de todas las edades. Desafía los hielos del polo lo mismo que los fuegos del ecuador, y se manifiesta en la cabaña del esquimal lo mismo que en la tienda del árabe. Con igual fuerza domina al rico y al pobre, al fuerte y al débil, al sabio y al ignorante, y su imperio no tiene otro límite que los dos extremos de la vida, la infancia y la vejez. Existe en gérmen en todos los corazones, dispuesto á manifestarse á la primera ocasion, y llegada esta, se abre paso, crece, estalla y se lanza con un poder irresistible, burlándose de todos los obstáculos, riéndose de todos los peligros, rechazando los consejos de la razon, sordo á la voz del deber, metamorfoseando ó destruyendo cuanto halla al paso, invencible, implacable, viviendo de lo que debería acabar con él. Y si obra con todos los hombres con esa fuerza soberana que falta á las demás pasiones, es porque da á cada uno el medio de realizar su ideal. Abre á la imaginacion inmensas perspectivas á través de las cuales se lanza hácia el infinito. Desplega ante nuestros ojos todo un mundo ilusorio donde vemos reflejarse todos nuestros deseos y esperanzas. Destruye con los golpes de su varilla encantada los muros de nuestra cárcel terrestre, nos arrebatada sobre alturas sublimes y hace saltar á nuestros piés vivos manantiales donde apagamos por un instante esa sed inmortal de lo desconocido que nos devora. De un hombre hace un Dios. ¡Efímera divinidad que reclama ya la nada!; Horizonte engañoso, mentirosas imágenes que el primer soplo del viento desvanecerá como el humo!; Vanos fantasmas de felicidad que no tardarán en perderse en las claridades dudosas de la mañana!; Cumbres inaccesibles, fresco cristal de fuentes desconocidas, todo se perderá de un golpe para dejarnos luego caer en las miserias de la realidad, mas cautivos, mas sedientos que nunca! Pero no le hace; otra vez en la dura verdad, el hombre recordará sin cesar las risueñas mentiras de su delirio, siempre dispuesto á celebrar su repetición en una nueva embriaguez, hasta que sepulte de una vez sus sentimientos y deseos en el sueño eterno de la muerte.

Peró hay condiciones mas ó ménos favorables para el amor que varia en la rapidez de su desarrollo y en la intensidad de sus manifestaciones segun la edad, la posición y el carácter de los individuos. Las naturalezas tranquilas se parecen á esos lagos profundos cuyas aguas no se calientan sino con lentitud á los rayos del sol. Esas naturalezas desarrollan uno por uno los pliegues de su corazon, recorren sucesivamente todos los grados del cariño, y solo llegan á la pasión por el camino de la costumbre. En cuanto á los que ya han sufrido las pruebas de la iniciación, ilustrados por la experiencia, no emprenden sin reflexion unas tentativas cuyas dificultades y peligros les son conocidos de antemano.

Sabiendo muy bien que el amor es un combate, examinan minuciosamente los accidentes del terreno, calculan las fuerzas del adversario, y solo acometen la lucha cuando han pesado ya todas las probabilidades. Muchos se encuentran neutralizados en su impulso por los obstáculos materiales. Unos obligados á someter su naturaleza al yugo de la sociedad, no pueden consagrar al placer sino lo que les dejan los negocios, y se hacen

los tiranos de sus sentimientos porque son los esclavos de su pasión. Otros, mas desgraciados aun, puesto que carecen de compensacion en su sacrificio, doblegados bajo el peso de su pobreza, con el cuerpo inclinado sobre el duro surco de donde sacan con trabajo el pan de cada día, deben, bajo pena de muerte, desviar los ojos de todas las seducciones, cerrar el oído á todos los encantos, ahogar los instintos mas dulces de su corazon y sumergir la felicidad en el golfo de las necesidades. Para vivir se hallan condenados á perder las razones de vivir, como dice la elocuente expresion del poeta latino.

Las circunstancias de tiempo, de lugar y de relaciones, aunque de fuerza menor en sí mismas, tienen sin embargo mucha importancia. La residencia en las ciudades que ofrece tanta facilidad á la galantería, es poco propicia para el amor, que se encuentra aquí sujeto á mil contrariedades, sometido á mil servidumbres, expuesto á mil peligros. Primero hay la dificultad de encontrarse, de verse largamente, de hablarse en libertad; los encantos de lo imprevisto desaparecen de la vida al mismo tiempo que las dulzuras de la amistad. Los individuos apiñados en espacios estrechos se tropiezan, se incomodan, se vigilan sin cesar. La familia encerrada en límites determinados se vuelve una especie de convento en el que todos los miembros ejercen, unos con respecto á otros, un espionaje involuntario y fatal. Luego hay los comentarios de los vecinos, luego las delaciones de los subalternos, y por último la sociedad cuyo asilo no se compra sino á costa de una intervencion siempre malévol.

El amor halla por todas partes enemigos y en ninguna cómplices. Tiene que luchar contra los mismos á quienes seduce y no entra en los corazones sino á viva fuerza. Bajo la influencia de tantas miradas que se sufren, al ruido de todas esas voces que os advierten de cada paso en falso, nadie puede olvidarse un instante de sí mismo ni perderse en ningun extravío involuntario. Es necesario pues el impulso de un afecto heróico, ó la maestría de una pasión profunda para aventurarse por los senderos de la pasión erizados de tantos obstáculos y ocupados por tantos enemigos vigilantes. Y cuando á pesar de todo hay quien se atreve á lanzarse hácia el amor, cuando se tienen fuerzas para salvar los abismos que os separaban de él, cuando se logra conquistar ese vellon de oro guardado por los implacables dragones de la moral, todavía hay que llevar á cabo lo mas difícil de la empresa, pues se trata en efecto de vigilar sobre esa conquista que os ha costado tantos afanes, tantos peligros, quizá la honra. ¡Cuántas cosas hay que evitar y que temer entonces! Todo os amenaza á la vez por todas partes. El presente tiembla sin cesar por el porvenir y vuestra felicidad es solo una larga inquietud, interrumpida por cortos momentos de embriaguez y de delirio. Teneis que estar alerta contra las rivalidades envidiosas que andan espiondo el instante propicio para herir buscando con la vista el sitio de la herida, excitándoos á la imprudencia, provocando la queja, dando tormento á vuestro corazon ya con revelaciones mentirosas, ya con falaces consuelos, incansables en el ataque, cambiando perpetuamente de maniobras, constantes únicamente en su envidia de matar; luego los indiferentes que, por imprudencia os acusan tanto mal como los envidiosos por perfidia y lanzan inatentos una chispa sobre un rastro de pólvora; el objeto amado tambien que se deja extraviar alternativamente por su ignorancia ó por su flaqueza y compromete su fidelidad en las distracciones como si la pasión no debiese bastarse á sí misma y no fuese su única causa, su único alimento tratándose de sí propia; y por último, vos mismo, vuestro mayor enemigo, vos que mas débil que el débil objeto de vuestra incesante preocupacion, mas imprudente que la indiferencia, mas feroz que la envidia, os lanzais sin motivo en la agitacion, estimulais sin cesar vuestra desconfianza, cultivais los celos como una hermosa flor y que despues de haberos devorado en tormentos insensatos, despues de haberos despojado á los ojos del sér amado de todos los atractivos que constituian vuestra grandeza y su entusiasmo, despues de haberle dado el largo espectáculo de vuestras torpes sospechas y de vuestras iras impotentes acabais siempre por ahogar vuestra felicidad con vuestras propias manos.

Peró tanto como las ciudades son contrarias al desarrollo del amor y mortales para su duracion, los campos son favorables y saludables. Diríase que como una flor silvestre el amor necesita para prosperar la vista del cielo y del aire libre de las soledades. Allí no hay obstáculos ni lazos: ninguna barrera os obliga á esperar; ¡ninguna voz os grita: Deteneos! El instinto os lleva á su fantasia á través de espacios sin límites. Nunca distracciones que os desvien de vuestro pensamiento, nunca incidentes que disminuyan las horas repartiendo su empleo. Allí la gente se estudia y se conoce mejor en tres días que en tres meses en las ciudades; es fácil encontrarse, la soledad se halla aun sin buscarla. Hay tiempo para hablar, hay derecho para callarse. El corazon entregado á sí mismo, no obedece mas que á su capricho, ora plegándose hasta lo mas recóndito, ora desarrollándose en libertad, y activo hasta en su reposo, pues todo conspira contra su inercia. Por todas partes se muestra la vida, os invade, os arrastra y os obliga á vivir de todos modos. El pájaro canta sus amores en la enramada; el insecto murmura en el seno de las flores cuyos perfumes bebe, el arroyuelo lleva sobre los guijarros de su cauce la incesante caricia de sus ondas, la brisa se duerme suspirando en las ramas trémulas, la tierra se abrasa con los rayos ardientes del sol, ó se sonríe misteriosamente con las miradas de las estrellas;

la naturaleza entera, prendada de su hermosura parece adorarse á sí misma en su variedad armoniosa y os invita con el magnetismo de su ejemplo á completar con un sér querido vuestra existencia.

Por eso es casi imposible que un hombre bien organizado pase ocho días en el campo sin enamorarse. Valeriano se hallaba en las mejores condiciones para obedecer á la facilidad de su situacion. Joven, ardiente, sencillo, afectuoso, naturalmente en breve experimentó por la condesa una pasión tanto mas profunda cuanto que sin pensarlo, se entregaba á ella con todo el delirio de un alma virgen.

Una sola cosa habria podido contenerle y es la idea de que afligiria á su familia amando á una mujer extraña, pero esto no se le ocurría, y además ni siquiera sabia que estaba enamorado. Sentíase, en efecto, agitado de una turbacion desconocida, pero no adivinaba ni su causa ni su extension; notaba solo que todo cambiaba de aspecto á sus ojos y que una luz nueva transformaba para él todos los objetos, pero ignoraba el nombre del prisma y ni siquiera sospechaba su existencia. Es imposible reconocer todo aquello que ya no se conoce, y en aquella casa apacible donde habia pasado su vida apenas habia oido pronunciar por acaso la palabra amor. ¡Santa y peligrosa ignorancia!

La advertencia no podia venirle de sí mismo y ménos de los otros.

Madama Hubert que habia vivido como una santa, no tenia ninguna idea del peligro de las tentaciones ni de la fuerza de la pasión. Encargada de la direccion de dos almas tiernas estaba como un novato al timon de una barca, sin haber salido ántes una vez de la tierra firme. Nada le habia enseñado á distinguir los síntomas precursores de las tempestades. Espantada instintivamente de la corrupcion de las ciudades creia haber llenado todos los deberes de la prudencia abrigando en la soledad los objetos queridos de su solicitud materna, y persuadida de que les habia proporcionado un retiro inexpugnable confiaba en que la fuerza de la posición podria siempre salvarlos. Jamás tuvo la idea de vigilar á Valeriano y la presencia de la condesa no le inspiró un instante la inquietud mas ligera.

En cuanto á Eugenia nunca Valeriano se habia figurado que pudiese amarle; era para él una hermana, no una mujer. La joven por su parte jamás le habia manifestado otra cosa que un cariño fraternal y no habia dejado sospechar á nadie que ella no disfrutase del sosiego y la ingenuidad de su primo. Es verdad que las mujeres son en este punto, como en otros, mas precoces que los hombres. La delicadeza de su organizacion les da una especie de intuición adivinatoria y el hábito de replegarse sobre sí mismas les hace descubrir en el fondo de su corazon, que escudriñan sin cesar, el tesoro de una ciencia innata. Pero si Eugenia estaba dotada de la segunda vista, guardaba para sí las revelaciones. Un sentimiento de pudor exquisito la hacia velar á todos los ojos los movimientos secretos de su alma. Además era demasiado orgullosa para quejarse de las penas que le causaran. Una sola persona habria podido leer en su pensamiento, seguir la huella de los destrozos interiores que podian producirse en ella, y advertir á Valeriano del peligro de su conducta; era el abate Pascal, pero se hallaba ausente.

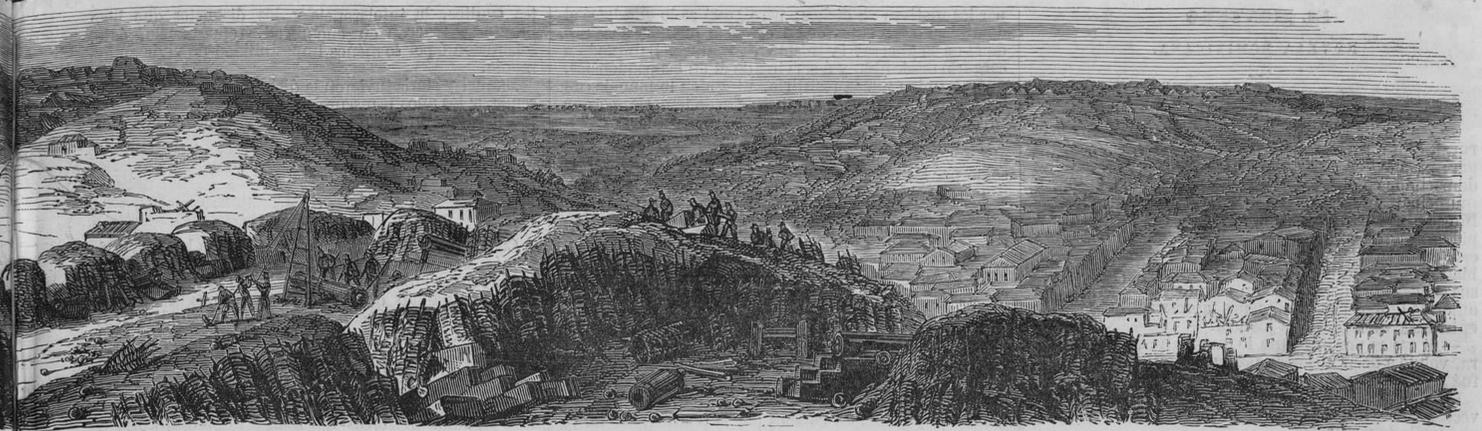
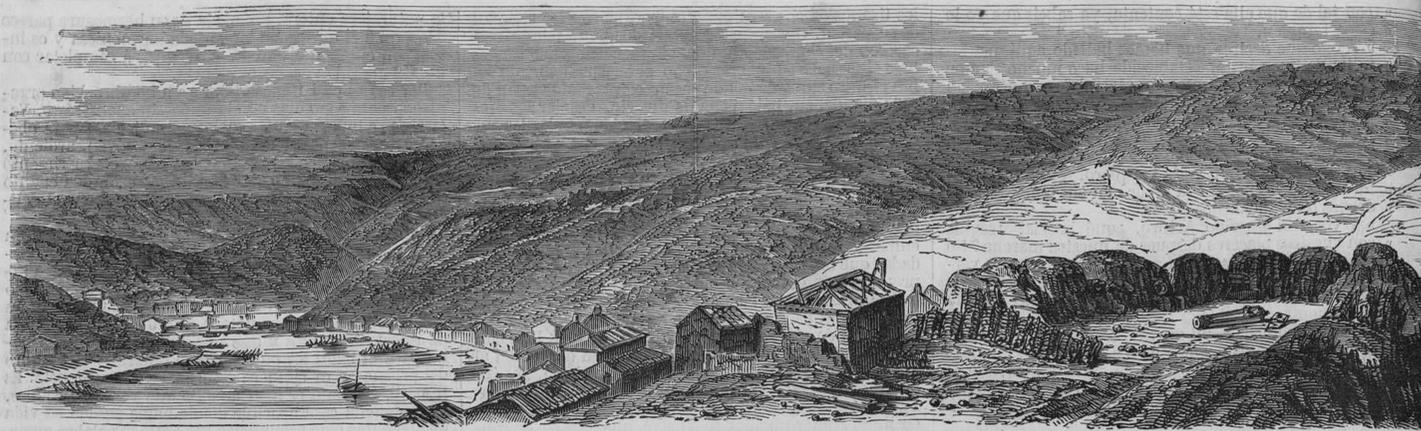
Por lo que toca al comandante que figuraba á menudo como un tercero en las relaciones del joven con la condesa decíase para sí que en todo aquello habia alguna cosa y que su oficialito estaba haciendo sus primeras armas; pero acostumbrado á considerar como bagatelas los asuntos de mujeres, se divertía para su capote con el espectáculo de lo que él llamaba una niñería y guardaba á Valeriano la inviolable discrecion que es de ley entre militares.

Este á veces creia oír una voz interior que le decia que no andaba cuerdo. ¿De dónde provenia aquella agitacion continua si todas sus acciones eran irreprochables? ¿Porqué sentía la necesidad de ocultarse si no merecia ninguna crítica? En efecto, inventaba mil pretextos para disculpar sus repetidas visitas al castillo; empleaba mil astucias para disimular sus encuentros con la condesa, y abusaba de la complicidad, á sus ojos involuntaria, del comandante para justificar sus ausencias perpetuas. Pero entretanto se abandonaba á su inclinacion hácia la condesa.

Su familia tambien parecia conspirar con él en favor de su pasión. Madama Hubert, sin ninguna desconfianza, recibía cordialmente á la condesa y trataba de hacer agradables las horas que pasaba en la Casa-Florida. Agata queriendo pagar esta hospitalidad benévola, desplegaba todos sus talentos, toda su gracia, toda su alegría. A menudo la suplicaban que tocara el piano ó que cantara, y ella accedia gustosa á lo que le pedian. Era muy fácil ver que no reservaba ninguno de sus recursos para manifestar su reconocimiento á sus nuevos amigos. Luego se hablaba y se reía ó se daban largos paseos por el jardín. Valeriano cogía flores con las que las mujeres hacian ramilletes ó subía como una ardilla sobre los árboles para tomar las frutas.

M. Jacquín no faltaba, por supuesto, á ninguna de estas reuniones siempre sonriendo y fumando su eterna pipa, pues debemos advertir que la condesa habia confirmado todos los privilegios y franquicias que le habian sido otorgados por madama Hubert, y la marquesa de Terray, aunque no muy gustosa, habia tenido tambien que reconocerlos. Desde su famosa caída no miraba con muy buenos ojos al comandante que la pagaba en la misma moneda.

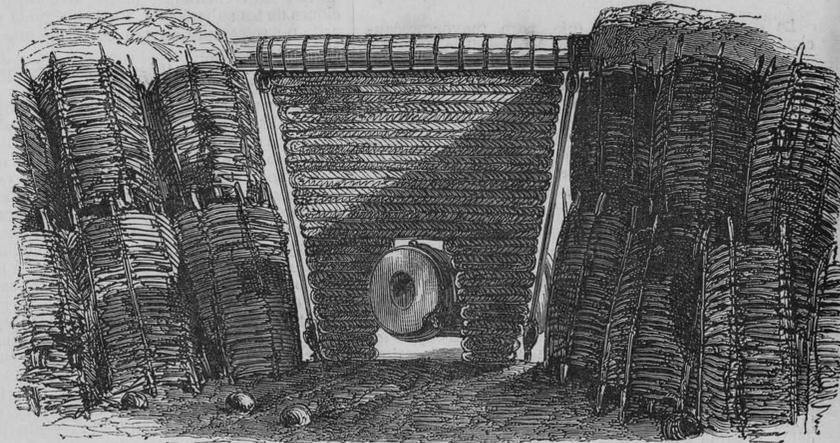
(Se continuará.)



La batería de los Jardines. — Bastión del Norte y el bastión Central.

M. Durand Brager escribe de Sebastopol lo siguiente :
 Envío á Vds. nuevos dibujos de Sebastopol, con algunas explicaciones detalladas sin las cuales estos bosquejos perderían mucho de su interés, puesto que todos ellos representan las escenas de desolación que siguieron al bombardeo de las obras y de la ciudad, escenas á que principiamos á acostumbrarnos en esta triste guerra en que los rusos destruyen todo lo que no pueden salvar ni conservar. Límito hoy mis envíos á la representación de las ruinas exteriores, como baterías, casamatas, etc., reservándome mandar en breve otras vistas representando la destrucción de los diversos barrios de Sebastopol, hoy en poder de los vencedores.

Mi primer dibujo representa la batería, ó mejor dicho, las baterías del Jardín situadas á la extremidad de la meseta ocupada por la ciudad propiamente dicha y detrás del bastión Central. Esta batería apuntaba principalmente á la ancha abertura que existe entre el bastión del Mat y el bastión Central; se hallaba bien armada y tiene dos hileras de bocas de fuego; el interior estaba ocupado por vastos abrigos, casamatas y polvorines; allí se dirigían nuestros fuegos que destruyeron completamente el barrio situado á la espalda. A la izquierda del bastión del Mat se distingue el fondo de la bahía del Arsenal y el barranco de los Ingleses. El promontorio Verde del barranco ocupa el centro, y mas atrás á la derecha se ve el principio de nuestros trabajos de izquierda, las pequeñas baterías anglo-francesas; un poco mas arriba, siguiendo la cuesta de la montaña, nuestras baterías de morteros y luego las baterías 14, 11 y 11 bis de la marina;



Tronera rusa del bastión Central, con su tablero protector.



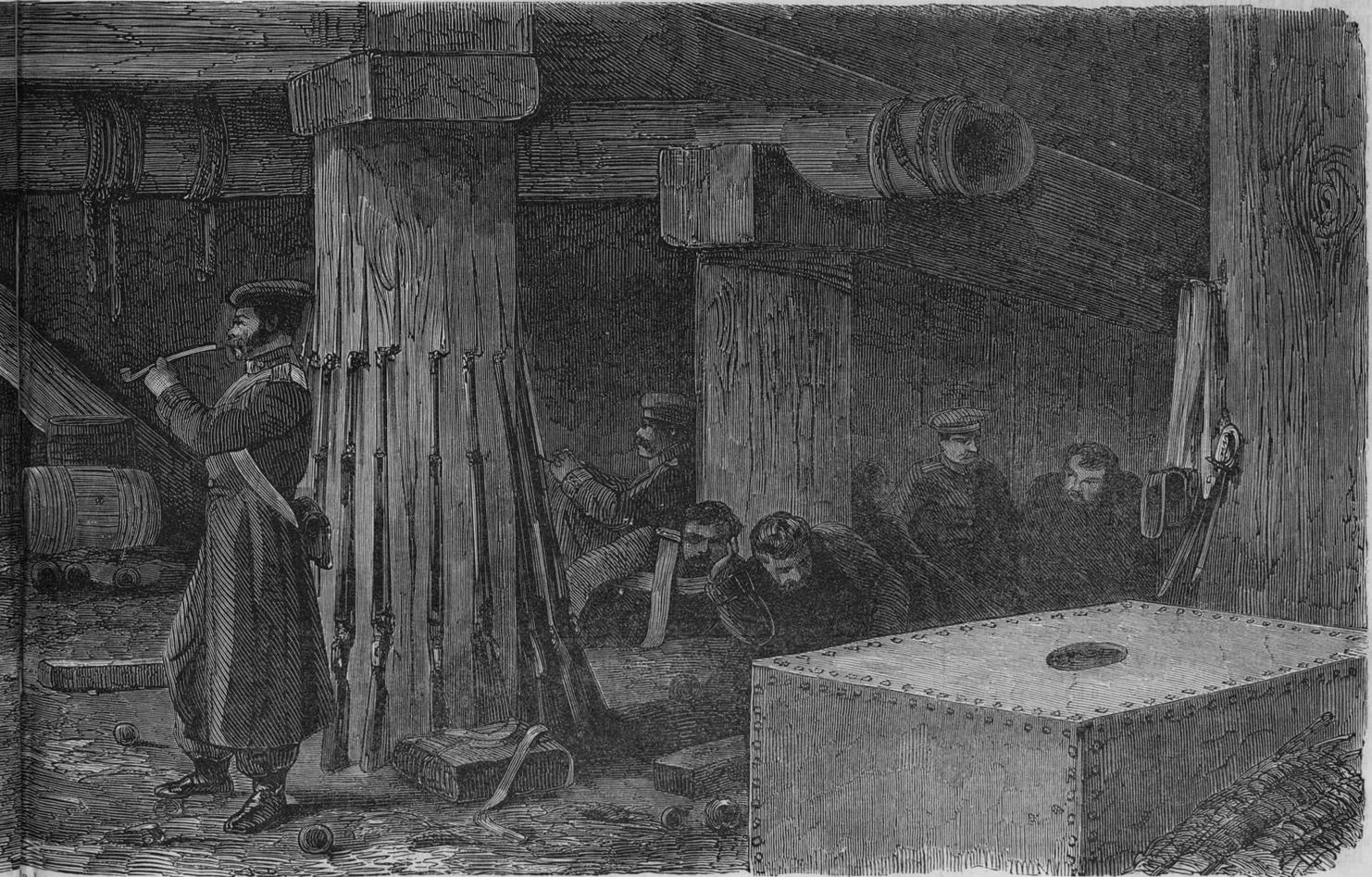
Entrada de las casamatas de la batería de los Jardines.

viendo el dibujo es fácil darse cuenta del gran efecto de nuestras baterías sobre la plaza. Entre el bastión del Mat y el bastión Central se distinguen también las baterías 19, 21 y 13, cuyo efecto debió ser muy terrible para los rusos; los arrabales, hoy en ruinas, ocupaban la cuesta que está hoy detrás de esos dos bastiones y el fondo del barranco que los separaba de la ciudad.

He representado en mi segundo dibujo una tronera de los rusos guarnecida por una especie de tablero ingeniosamente imaginado para poner á los artilleros rusos al abrigo de las balas de nuestros tiradores. Estos tableros se hallaban contruidos con cables muy gruesos entrelazados y sostenidos en una pieza de madera transversal colocada bajo la tronera; dos pequeñas palancas que estaban fijas en la parte inferior servían para levantar, cuando se hacia la puntería, el tablero que bajaba inmediatamente después de concluida esa operación.

Los demás dibujos representan la entrada y el interior de una de esas innumerables casamatas guarnecidas de blindajes que los rusos habían instalado por todas partes detrás de sus baterías; estos dibujos no necesitan explicacion, pero puedo afirmar que es preciso cierto valor para penetrar en esos subterráneos que los rusos han abandonado, aunque dejando en ellos una guarnicion numerosa que no prueba por cierto su limpieza; los rusos que he puesto en estos dibujos, están para dar la escala de proporcion de esas obras muy bien entendidas para la conservacion de los hombres.

En breve enviaré los dibujos de las ruinas de Sebastopol.



Interior de las casamatas de la batería de los Jardines.

EL MONTERO.

NOVELA DOMINICANA.

(Continuacion.)

— Para evitar esto es que está instituida la policía rural, dijo un tercero que pasaba por el docto del lugar; para evitar esto se han establecido los capitanes de partido, comisarios y demás agentes de la fuerza municipal, porque no se puede prohibir que el hombre se divierta ni tolerar que se asesine, así nada impide que un fandango se haga, pero tambien á quienes está encomendado la represion de los desórdenes, debían impedir escenas como la presente, y si á pesar de sus esfuerzos se desatiende en el calor de la pelea á su autoridad, debieran á lo ménos apresarse el homicida y entregarlo al rigor de la justicia.

— Y eso es precisamente lo que no ha sucedido ahora, volvió á decir el jóven, porque quien mató á Tomás fué Juan y de este no veo ni el polvo.

En efecto Juan, no bien cayó Tomás, cuando aprovechándose del estupor general, se habia escapado sin que nadie lo percibiese.

Si las proporciones de estos pequeños episodios no fuesen tan mezquinas y si nuestras luces pudiesen llegar á la altura que la materia requiere, sin duda esto seria materia de una disertacion político-filosófica muy grave y de serias consideraciones, porque ¿qué tristes no son las innumerables desgracias que resultan de las pendenencias en los bailes de estos campos? ¿qué triste no es ver un padre perder un hijo, una esposa su esposo, todo por el mas fútil motivo, por una modulación mas ó ménos gutural, por una copla á la que no se ha podido contestar, y digámoslo empero á la gloria y honor de los monteros, no es su naturaleza pendenciera que lo arrastra; no es un instinto feroz de destruccion que lo guía, pues son corderos en tanto que no son excitados; pero sí, dos agentes que él mismo no conoce y un hábito cuya trascendencia él ignora.

La tradicion, el aguardiente y el tener siempre un sable á su lado.

La tradicion es la espuela que anima al jóven á empuñar una pelea general por cualquier niñada. Si la civilizacion ha dulcificado las costumbres del hombre de Europa, los de estos campos sin semejanza modificadora, están aun en los primitivos tiempos del descubrimiento de la América, y digasenos, ¿no era la fuerza brutal lo que campeaba mas en los siglos pasados y se enseñoreaba sobre todo? El talento con su resplandeciente y pacífica auréola: el oro poderoso señor, rey y emperador de todas las cosas en este siglo diez y nueve, se inclinaban entónces ante la fuerza y eran hollados por ella. En pos del oro corren desolados hoy los hombres, en pos de la fuerza corrian ántes, hasta que la pólvora equilibrando la debilidad y aquella con la combinacion del plomo y del salpetro, la hizo casi inútil y le substituyó la destreza.

Una de las tendencias mas manifiestas de las costumbres luego que toman la pendiente viciosa, es bajar por ella con extraordinaria rapidez, en armonía sin duda con las leyes de las progresiones. El deseo de los jóvenes de hacer hablar de sí y no derogar de raza, se aumentó con el producido de muchos alambiques, y pronto los fandangos, fiestas en donde se hacia mas uso del aguardiente, solo fueron bacanales y el teatro de cuantas disenciones podia haber.

Afortunadamente, á medida que el mal crecia se tomaban las medidas mas propias para impedirlo, y la institucion de los capitanes de partido opuso algun dique á las desgracias.

Sin embargo, esta era una medida incompleta, puesto que el capitán de partido no es mas que el jefe de la fuerza armada, agente por consiguiente de la fuerza pública, pero en manera alguna competente ni en relaciones por su empleo puramente militar con el primer escalon en la gerarquía judicial, única hábil para conocer de los crímenes y delitos de los ciudadanos.

Entónces, pues, resultó la institucion de los comisarios rurales, complemento de la primera medida (esto es, si la primera no lo es de esta última), y en nuestro concepto la parodia del alcalde y comandante de armas, del presidente y el congreso; á esto se agregó la legislacion francesa sobre los *gardes champêtres* y reglamentos parciales en cada jurisdiccion, es decir, cuanto posible era de hacer.

Pero siempre quedaron los dos agentes y aun no han sido destruidos: la tradicion que ha degenerado en costumbre, y el aguardiente, cuyo uso ha pasado como á los enfermos se propinan las tisanas, es decir, por agua comun.

Y ahora bien, destruid una costumbre ó quitad el agua á un pueblo sediento, mas fácil es quitar al sol sus rayos.

Por eso al calcular el mal y al intentar exponerlo, deciamos que no cabia en el mínimo cuadro de una novela y que necesitaba otras luces á las que poseemos para hacer meditar concienzudamente, puesto que como una costumbre perniciosa, la materia pasaba al dominio de los hechos que sirven de meditacion al moralista y al político.

Objetos físicos y morales, todos, todos presentan dos fases: una gloriosa, brillante, hermosa; otra fea y repugnante. La costumbre de que hablamos no es efecto de estas últimas, cuando en medio de deudos y amigos se enciende una pendencia que deja muerto á uno, mutilado á otro, viuda á aquella, huérfano á esotro, y todo

por los motivos ya dichos; pero ¿qué es lo que hace el dominicano tan superior en el sable cuando hace uso de él en la guerra? la misma costumbre. Habitado á cargarlo desde niño y á servirse de él en las pendenencias, no hay quien pueda resistirlo, ni quien lo maneje con mas brío y destreza: tampoco puede temerle, porque frecuentemente lo ha amenazado sin causarle daño.

En presencia de estas dos fases abandono la cuestion al filósofo, miéntras sin decidir accesorio tan arduo salgo por las puertas de este capítulo en seguimiento de nuestros novios.

IX.

Yo te saludo, ¡oh, luna de miel! paraíso de tres meses, principio de la segunda era del hombre, mar bonancible cuya calma encubre á veces tantas borrascas. Yo te saludo y te proclamo suprema, y tal vez única felicidad del hombre en este tránsito de la vida.

Aparte aquellos primeros dias del matrimonio de dos viejos; léjos y bien léjos los tres meses del matrimonio de conveniencia metálica; á fuera el matrimonio de los monarcas y príncipes casados por la política; eso no es luna de miel, eso es á lo mas su parodia, y aun muy triste. La luna de miel necesita amor, y quien dice amor dice un mundo; necesita juventud, sávia, salud, y entónces ya no se habita la tierra, pero un eden, un encanto.

Aquí, las oficiosas complacencias, las abnegaciones mas increíbles se ejecutan, dos individuos concentrados recíprocamente viven retirados, huyen del mundo y de sus exigencias; cualquier visita es mal venida, un acontecimiento que tienda á la separacion aun momentánea es importuna; la concentracion es absoluta, los dos dirigen sus conatos á tener una sola opinion, un mismo deseo, si Dios oyera sus ruegos, la fábula de Afrodita se realizara en ellos, y luego las caricias, ántes maniataadas, ya son libres con el nuevo estado, y son prodigadas, recibidas y devueltas por un objeto todavía adorado.

Yo te saludo pues, luna de miel, y te proclamo suprema felicidad.

Aunque la muerte de Tomás habia terminado con lágrimas y desesperacion unas bodas con promesas tan lisonjeras, ¿cómo era posible suponer que el dolor de María, por profundo y agudo que fuese, resistiera á los consuelos que el amor le brindaba? En plena luna de miel no hay pesares, y en caso que existan, son prontamente sino borrados de la mente á lo ménos mitigados. María lloraba á Tomás, pero una caricia de Manuel enjugaba estas lágrimas, y por fin el tiempo haciendo su oficio, el sentimiento dulce dominó.

Cumplidos los ocho dias del duelo por la muerte del criador y hallándose reunida en la sala toda la familia, Teresa habló á Manuel en estos términos:

— Bien sabes, querido Manuel, que he quedado viuda y desamparada por consiguiente de mi natural sostenedor. Habia sido resuelto que despues de tu matrimonio fueses á vivir con tu padre, pero ¿cuánto mas justo no será que te quedes á mi lado, acompañes y protejas á la pobre anciana que no tiene quien por ella sea? ¿María acostumbrada á dirigir la casa, podrá acomodarse separada de mí? No lo creo; las fatigas caseras yo se las ayudaré á compartir, y los hijos que Dios mande á entrambos, serán sin duda una distraccion que mitigará mi eterno dolor. Por consiguiente, repara y oye la súplica que te hago, de no dejarme sola atendiendo á los multiplicados cuidados que mis demás hijos y la conservacion de lo dejado por Tomás me imponen, y que mejor comportan las robustas fuerzas de dos jóvenes, que las débiles y escasas de una mujer ya achacosa. Todo lo que aquí hay y todo lo que pertenece á Tomás será tuyo, lo entrego á tí y lo confío á tus cuidados y atenciones; en fin, todo lo doy, y únicamente me reservo el amor de Vds. que como no me faltará de nada me dejará carecer.

— Madre mia, contestó Manuel, permítame darle este nombre en adelante, estoy dispuesto á cumplir su voluntad y á hacer cuanto Vd. ordene, con mas razon una cosa justa y racional como la que pide, sin embargo, ántes de ejecutarla consultarémosla con mi padre.

— Bien pensado, querido Manuel, dijo María, aunque estoy convencida que Leon en vez de oponerse se presentará gustoso á fin de no dejar á mi madre en esta soledad.

Resuelto lo dicho pasó en consulta á Leon, y este dió su aduquiescencia gustoso y francamente, resultando la instalacion definitiva de los nuevos casados, lo mismo que el transporte de muchos animales de crianza de propiedad de Manuel, cuyo pastoreo se efectuó en breve tiempo.

El cielo bendijo la union de nuestros dos jóvenes dándoles un robusto y hermoso niño que completó su dicha, y á quien la madrina, que fué Teresa, puso el nombre de Tomás.

En un matrimonio dichoso, los dias se suceden sin variaciones. El tiempo marcha, los sentimientos se modifican, pero la felicidad, si es que la hay en este mundo, la acompaña. Decimos, si es que la hay en este mundo, porque muchos, por ejemplo Rousseau, definen la felicidad como el sér ménos infeliz, proposicion negativa que tiene una exactitud desesperante, con la cual es preciso convenir.

La luna de miel, como todo tiempo dichoso, pasa rápido é insensible, síguese la calma en unos y la sociedad en otros; viene despues lentamente la estimacion recíproca y la amistad ó bien el conocimiento de los defec-

tos ocultos, la intolerancia y los disgustos que bien pronto se truecan en enemistad, repugnancia, odio, separacion ó por lo ménos imposibilidad de vivir en armonía.

Manuel y María tuvieron la dicha de tomar la primera senda, y los años transcurrian hallándolos en esa quietud patriarcal que proporciona la vida del campo á las personas acomodadas.

X.

Cuatro años habian transcurrido desde la muerte de Tomás. Manuel se hallaba ausente en el Macoris donde habia ido á comprar algunas cosas de la familia. María y Teresa habian quedado con las demás muchachas. Era de tarde, y Tomasito que principiaba á andar, se empuñaba en seguir dando traspies al rededor de Manzanilla, que gravemente sentado en las patas traseras, sacudia las orejas cada vez que el niño se las agarraba. María sentada sobre uno de los rollos de seyba en el umbral de la puerta del patio, desgranaba en una petaca algunas mazorca de maíz, interrumpiendo de cuando en cuando su tarea para seguir con la vista momentáneamente los caprichosos movimientos de su hijo, miéntras que Teresa á su lado hilaba un copo de algodón.

— Madre, dijo la jóven, ¿recuerda Vd. á Juan?

— Qué pregunta, contestó Teresa, si ese hombre es mi pensamiento fijo, ¿acaso el mal que me causó es de aquellos que olvidarse pueden?

— Así tambien me sucede, contestó María, aunque confieso que la compañía de mi marido mitiga ese doloroso recuerdo, sucediendo que cuando como ahora se halla léjos, la idea de los disgustos que su amor y su venganza sin motivo me causaron, se aumenta con los que si existe aun puede causarme.

— Son de esperar en esta vida, contestó Teresa, cuantas calamidades sean posibles; no en valde llaman al mundo valle de lágrimas, y yo soy un triste ejemplo de lo que un malvado como Juan es capaz; á pesar de todo, cuatro años hace que no sabemos su paradero, y aunque puede existir, el lamentable suceso que lo hizo desaparecer, me hace esperar no quiera volver por estas cercanías.

— Así lo quisiera yo creer, volvió á decir María, aunque la misma ignorancia en que estamos de su paradero me hace suponer que está haciendo de las suyas, y que podrémos algun dia ser otra vez sus víctimas. Un hombre que vive tranquilo tiene un domicilio; todo el mundo sabe donde mora y puede dar razon de él; por lo demás, lo que Vd. dice es lo que me tranquiliza. Juan no puede volver aquí sin que el capitán de este partido lo coja y lleve á la cárcel.

La vista de un hombre á caballo que de léjos se percibia en los recodos de la playa suspendió la conversacion; bien pronto el gínete acortando la distancia que lo separaba del bohío con un mediano trote, nuestros interlocutores conocieron á Manuel, y á poco rato un abrazo pagó el tedio y los temores de la ausencia.

Cuando Manuel hubo acariciado á Tomasito, desaparejado y entregado su caballo al hijo mayor de Teresa, y por fin puesto en su lugar los arreos del viaje, procedió á sacar de los macutos sus compras en el pueblo. Estas eran sencillas: seis varas de algodón azul para Teresa, cinco varas de percal y siete de zarazas para María; dos retazos de listado para Tomasito; catorce ó diez y seis varas de otras telas fuertes y propias al trabajo, para él y los dos hermanitos de María; un frasco de aceite, una botella de aguardiente y algunas agujas componian todo lo comprado. Así que hubo explicado á María el destino que se habia propuesto dar á cada pieza, esta las cogió todas, las guardó en el cajon carcomido y puso la cena á su esposo.

Si hay apetito que pueda pasar por proverbial es el del montero, oficio que obliga á una locomocion perpetua, y por consecuencia á una actividad relativa en todos los órganos en que la parte del estómago no es la menor. Digerir una libra de carne y dos plátanos es cosa de todos los dias, así es que Manuel engullia los huevos y plátanos maduros fritos que tenia por delante con una velocidad que hubiera agotado una ménos abundante cena. Afortunadamente, este apetito creído general, es conocido de sus mujeres y toman las medidas propias á satisfacerlo, y un viajero que recorra estos lugares, recordará al ver las mesas lo que se cuenta de la hospitalidad de nuestros antepasados, conservada en medio de los monteros, en su desinteresada abundancia é íntegra simplicidad.

Los hábitos se transmiten de generacion en generacion, y solo aguardan para ingerirse en la familia, que el hijo ocupe la posicion del padre. Manuel heredero de la posicion de Tomás adquirió los mismos hábitos, y cuando concluyó la cena, la vieja hamaca del criador lo recibió fumando su pipa.

— Nada se puede comprar en el pueblo segun está de caro cualquier bagatela, dijo meciéndose suavemente despues de haber aspirado tres ó cuatro bocanadas, y si esto sigue no sé como harán los pobres para vestirse.

— ¿Y qué tal, dijo Teresa, nuestro cura se halla bueno?

— Bueno y gordo, respondió Manuel, hete ahí un hombre á quien aprovecha lo que come, y á propósito del cura, adivinen qué encuentro tuve en la puerta de su casa.

— ¿Cómo hemos de adivinar? contestó María.

— Pues bien, ¿sabes que ví á Juan?

El tomo de la *Imitación* comprende primeramente el texto latino, enfrente del cual está la traducción en verso de Pedro Corneille, reuniendo así un monumento de la literatura francesa, con un monumento de la literatura religiosa. La traducción de Corneille, ménos leída hoy que en otro tiempo, tuvo una boga inmensa como lo atestiguan cuarenta ediciones sucesivas que de ella se hicieron. Siempre fuerte y digna tiene á veces arranques que no son inferiores al texto, ni inferiores á los pensamientos sublimes y sencillos que en ese libro se admiran.

La obra de la Imprenta imperial es sin contradicción el libro mas hermoso que se haya visto nunca, y formará época en los anales del arte de Gutenberg. Honra á los hombres que concibieron la idea, á los artistas y los tipógrafos que la han ejecutado; es un producto de esfuerzos individuales muy numerosos que se confunden en la obra cumplida.

Entre los elementos que descollaban en el compartimiento reservado á la Imprenta imperial, debemos señalar particularmente unas hermosas cartas geológicas y geográficas coloreadas por impresion en los talleres de litografía anejos al establecimiento. Muchos de estos mapas pueden considerarse como obras maestras. La tirada ha debido repetirse hasta cincuenta veces en un mismo pliego, á causa de la diversidad de los colores, pues es sabido que cada color necesita un tirado aparte. Otra dificultad; como la carta geológica de la Francia estaba dividida por fragmentos era preciso que los pliegos al reunirse casasen los matices diversos con una precisión en cierto modo matemática.

La sustitución del colorido de mapas por impresion al antiguo sistema del colorido á la mano ofrece enormes ventajas. Desde luego es de una baratura extraordinaria, y esta baratura ha producido en breve sus efectos; cuando el mapa de Francia se iluminaba á mano se vendieron solo 230 ejemplares, y hoy que se ilumina por impresion, se han vendido 3,000 mapas en cinco años.

Presentaría mucho interés el estudio en detalle de los demás elementos expuestos por la Imprenta imperial de Francia; pero las exigencias del largo camino que tenemos que recorrer nos obligan á no detenernos demasiado en ningún punto. Para concluir con el establecimiento imperial nos contentaremos con mencionar curiosas muestras de punzones, matrices, clichés y caracteres franceses y extranjeros. Los tipos orientales y europeos atestiguan la creación de un material de una riqueza incomparable que se calcula en mas de tres millones de frs. En cuanto al personal de la Imprenta imperial comprende unos mil trabajadores.

LA LISONJERA.

Las auras leves,
En vuelo blando,
Van suspirando
De flor en flor.

— « ¡Quién lo diría
¡Quién lo creyera!
La lisonjera
Muere de amor :

» Sus mansas hojas,
Rico tesoro
De lila y oro,
Mustias están.
Dobla la frente,
Trémula gira,
Triste suspira,
Hondo es su afán.

» Ella que en prendas
De sus amores,
Entre favores
Puso el desden;
Ella que ha visto
Tantos amantes,
Sin que inconstantes
Penas le den.

» La bulliciosa,
Del amor dueña,
La flor risueña,
La alegre flor;
La que prestaba
Su amor á un ruego :
Su amor... y luego
Su desamor.

» La que al arroyo
Que la servia,
Amor mentía
Harto cruel.
Por ella un nardo
Tuvo desvelos
Y amargos celos
Lloró un clavel.
» La flor ingrata,
La flor hermosa,
La veleidosa
Ahora mirad.

Ningun consuelo
Su afán mitiga;
Amor castiga
Su veleidad.

» Esos suspiros
Tristes y lentos,
Son los lamentos
De su dolor.
Oídme flores,
¡Quién lo creyera!
La lisonjera
Muere de amor »

JOSÉ SELGAS Y CARRASCO.

Revista de la Moda.

SUMARIO. — Baile en Tullerías y en la embajada de Inglaterra. — Dos prendidos de baile de la emperatriz Eugenia. — Prendidos de baile de madama Haussmann. — Tocados de manzanos de terciopelo. — Prendidos de baile vistos en la embajada de Inglaterra. — El baile da hermosura á las mujeres. — La gabota con pantalon negro. — Los elegantes llevan á los bailes pantalones blancos de lana. — Las pequeñas alas y los turbantes. — Superioridad de los tocados de flores ó de cintas. — Los corpiños y los vestidos bordados de palas de cristal. — Traje de boda de Sofia Cruvelli. — Descripción del figurin de este número.

Las diversiones del invierno prosiguen su curso acostumbrado. Ya se ha bailado en Tullerías y en la embajada de Inglaterra. La emperatriz Eugenia se muestra todavía en traje de sarao, siendo siempre la reina de la hermosura y de la gracia. En los dos últimos bailes de la corte llevaba los prendidos siguientes : — Un vestido de tul ilusión todo afollado y rizado de blonda, un conjunto de copos de nieve, con un aderezo de flores de tulipan rodeadas de yerba de los prados. La flor de tulipan es de un blanco nacarado como la camelia con pistilos amarillos de oro. — El otro vestido era de muaré antiguo blanco afollado de tul ilusión. La falda de tul afollado se hallaba sembrado de unos sesenta ramilletes de gruesos pensamientos color de violeta rodeados de yerba. Los ramilletes estaban graduados; los del corpiño eran muy diminutos.

Madama Haussmann, la señora del prefecto del Sena, se distinguió por un tocado de hojas de terciopelo purpurino con muchos matices y venas de color oscuro, y con manzanitas de terciopelo purpurino. Este adorno obtuvo un triunfo inaudito. Bien se conoce que todas las mujeres bonitas son hijas de Eva; sin embargo, no sienta á todas las fisonomías: hay rostros que tendrían un aspecto muy grotesco con este adorno de manzanas; para que conserve toda su originalidad la que lleve este tocado no solo debe ser hermosa, sino que ha de tener mucha distincion y una cabeza noble y erguida, esto sin contar que tiene que acompañarse con un vestido espléndido, verbigracia, uno de esos vestidos cuyas telas fabulosas fabrica Lyon y que se consideran como obras maestras en su género.

Hé aquí igualmente varios trajes que obtuvieron muchas miradas y felicitaciones en el baile de la reina de Inglaterra.

— Un vestido de tafetan blanco con cuatro volantes de tafetan cubiertos con otros cuatro volantes de encaje de Chantilly. Los volantes de tafetan blanco caian mas que el encaje negro y estaban guarnecidos de un fleco de semillas de serval verde claro. Sobre los volantes flotaba un fleco idéntico, que se componia de pequeños frutos de serval que las costureras enhebran en seda componiendo un adorno muy caprichoso. Esta mezcla de blanco, de negro y de verde produce un bonito efecto en las mujeres blancas y frescas que tengan el pelo castaño ó rubio. El tocado consistía en una barba de encaje negro, anudada con cordones de serval verde que caian sobre los cabellos y los hombros. Por un lado nada mas se veía un ramillete de azaleas blancas.

— Un traje malva y blanco, primer sonrisa de la primavera. El vestido de tafetan blanco llevaba cuatro volantes de dos tintas diferentes. Dos volantes blancos y dos malva formaban un bonito contraste. Los últimos iban guarnecidos con una guirnalda de lilas blancas artificiales, en tanto que los primeros llevaban el mismo adorno de color de lila. El corpiño era escotado con dobles volantes blancos y lila en flor. El tocado era redondo, aunque de racimos de lilas. Cada ramita de lilas blancas se enlazaba en otra de color de lila. Una flor de diamantes prendía por detrás esta corona de flores, en tanto que una segunda flor se abría sobre lo alto de la cabeza y lanzaba rayos de luz.

— Un vestido de tafetan junquillo, cubierto con una falda de tul negro mosqueado con cuatro volantes de tul mosqueado ribeteados con una cinta de raso junquillo rayada de terciopelo negro con puntilla de blonda blanca. El corpiño escotado tenía un fichú Antonieta de tul mosqueado, blonda blanca y cinta de raso junquillo.

— Un vestido de tafetan azul celeste con cuatro volantes de crespon azul cubiertos con otros cuatro de punto de Inglaterra. Los volantes de crespon caian mas que los de encaje y llevaban ribete de cinta de raso á canelones. El corpiño tenía una berta redonda de crespon y de encaje con un ramo de vincapervincas azules con yerba de plata. El tocado era redondo de vincapervincas azules con yerba de plata. Las mangas estaban afolladas con crespon y cubiertas con un jockey de punto de Inglaterra sostenido con un ramo de vincapervincas.

— Un vestido de muaré antiguo junquillo rizado de tul

ilusion y sembrado de perlas de cristal de todos colores. Este vestido es de un efecto soberbio á las luces.

— Un vestido de tafetan color de rosa con cinco volantes de tul rosa guarnecidos con un fleco de pluma color de rosa.

Hé ahí una corta coleccion de bonitos trajes. Desgraciadamente no se baila bastante en Paris y se desean bailes por todas partes. Esto se concibe, pues el baile favorece mucho á toda mujer que no es bonita sino á medias. Llega á un baile pálida, marchita, como esas pobres lilas blancas que se crían en un invernáculo, pero despues de la primera polka una súbita metamórfosis se opera en la fisonomía de la jóven. Las mejillas están coloreadas como las hojas de la rosa de Bengala; sus ojos están animados y lanzan relámpagos, su cuerpo débil y delicado tiene músculos de acero. Bailará toda la noche, bailará todas las polkas, todas las redowas, todos los walses, todas las sicilianas, todas las húngaras, todas las gabotas... ¿Las gabotas he dicho?... Seguramente; se vuelve á las gabotas de nuestras abuelas: ¿á qué no se vuelve?... De nuevo se baila la gabota en los salones mas á la moda; en breve anunciaré la vuelta del minué. No hay nada tan singular como una gabota bailada con el traje moderno. Una gabota sin polvos, sin calzon corto de raso blanco, sin chaleco de raso color de rosa, sin casaca verde de manzana y sin chorreras de encaje... ¡Pobre gabota!.. Ahora la bailan con frac negro, pantalon negro, camisa rayada y almidonada como un cuaderno de música y corbata blanca, y quieren que tenga buen aspecto, que sea imponente, loca, alegre y ligera!.. Ya no es posible dar aquellos pasitos de céfiro que daban nuestros abuelos. Es evidente que al ver dos tubos de chimenea que se llaman pantalones y que se meanean, se pregunta uno qué están haciendo. Bailan la gabota... ¡Oh! no, de esta manera es un baile muy triste. Otra cosa es esa danza célebre en un baile de trajes cuando el jóven dandy se viste de marqués y una elegante de marquesa; á lo ménos hay algo de ilusion y esto ya es mucho.

A esto se me dirá que los señores elegantes llevan á los bailes pantalones de lana blanca. No les felicito por ello. La lana blanca me parece demasiado puritana; la encuentro sin reflejo, sin brillo para traje de baile; el verdadero lujo no soporta nada de aire inferior.

Además de las guiraldas que están muy á la moda, ven en los salones mas aristocráticos pequeñas alas como en tiempo del primer imperio. Este tocado no es gracioso. Es de advertir que son sobre todo las señoras hermosas que quieren darse cierto carácter las que llevan turbantes y pequeñas alas.

Voy á describir tres de estos adornos: el primero de terciopelo azul celeste, lluvia de serval azul, blonda muy rica con cresta de diamantes sosteniendo al lado una larga pluma azul y blanca. — El segundo de terciopelo malva, blonda blanca y flores de pirámide malva con guirnalda de hojas prisma, unas hojas alumbradas por un rayo de luz eléctrica sobre las cuales ha caído una lluvia de diamantes. — El tercero de terciopelo negro, grupo de rosas abiertas y pluma blanca.

Prefiero á todos estos adornos el tocado de flores de cinta de terciopelo ó de blonda, pues es mucho mas bonito y ménos pretencioso.

Se habla mucho de chaquetillas para casa de terciopelo bordado de perlas de cristal. Este bordado se encuentra tambien en los vestidos de droguete mosaico, cuya disposicion imita una infinidad de pedrerías tejidas en la misma tela. La fantasía ha creado galones bordados de perlas que se llevan sobre los vestidos de droguete de seda; pero este bordado es muy chillon, si no se lleva con mucha elegancia.

La señorita Sofia Cruvelli, hoy la señora baronesa Vivier, se casó vestida con un traje del tiempo de Diana de Poitiers. ¡Qué sencillez de gran señora! Su vestido de tafetan blanco no tenía ni volantes ni blonda, ni encaje, ni fleco, ni guarniciones. ¿Qué tenía pues? Nada mas que unos pliegues á canelones que marcaban la finura del talle, pues la tela de ese vestido no estaba cortada de varios pedazos. Ese corte destrona los patrones clásicos y opera una revolucion completa en el arte de la costura. Las mangas estaban formadas de un pequeño afollado y de otro volante. La orla de la manga iba ajustada y cubierta con un puño de punto de Inglaterra cerrado con dos botones dobles de diamantes. El corpiño iba adornado de pequeños volantes de punto de Inglaterra dispuestos en doble V. El cuello de punto de Inglaterra era muy grande y formaba conos, con un diamante colgando en cada uno. El tocado era una corona de flores de azahar y de lilas blancas sosteniendo un velo de tul ilusión que flotaba sobre todo el vestido. Dícese que la jóven pareja enamorada va á pasar la luna de miel en Egipto, y que la hermosa baronesa se lleva una docena de trajes á cual mas originales, nuevos y fantásticos. ¡Qué revolucion en Egipto!

Concluyo con la descripción de nuestro figurin que representa trajes de calle.

Primero se ve una madre jóven con un vestido de droguete mosaico, de color de castaña, con una falda sin ningún adorno. El corpiño lleva tres grandes faldetas Luis XV terminadas por un volante. Va adornado con bertas-tirantes que se cruzan en fichú. Las mangas están formadas con tres volantes sobrepuestos. Cuello doble de batista bordado al plumetis; mangas mosquetero, con otra manga vuelta en solapa. Brazaletes de oro esmaltados de colores. Guantes color de lila. Sombrero de terciopelo epinglé blanco, terciopelo negro y encaje negro. Al borde del ala velito de encaje negro. En el interior ruche de blonda y rosa purpura colocada á la altura del ojo; cintas blancas de muaré antiguo.

Segundo traje. — Vestido negro liso de muaré antiguo. Falda lisa subida con pliegues huecos y aplastados. Cor-

piño de muaré antiguo con faldetas y tirantes guarnecidos con un galon de terciopelo y una guipure. Las mangas van guarnecidas por dos guipures sobrepuestas y dos galones de terciopelo. Las mangas van ilustradas por encima con dibujos caprichosos de galones de terciopelo y de guipure. Cuello y mangas de guipure de Irlanda. Sombrero de terciopelo negro adornado con flores y hojas de terciopelo azul, sosteniendo al lado un pajarito del Paraiso. Esta misma disposicion de flores azules se halla igualmente en el

fondo del sombrero, sobre la guarnicion de detrás y por dentro del ala. Cintas negras y azules. Brazaletes ricos. Guantes color de paja.

Tercer traje. — Niña de cinco años. Vestido de terciopelo color de violeta, de corpiño cuadrado con faldetas y tirantes. Un rico galon de terciopelo va puesto en tirantes y pasa las faldetas cayendo en puntas flotantes. Las mangas son muy cortas y están formadas con un pequeño volante jockey. Camisolin afollado con cuellecito; afollados de ba-

tista ilustrados con entredos bordado. Pantalones bordados un poco cortos. Botitas de terciopelo color de violeta. Sombrero de terciopelo epinglé color de rosa adornado con una guirnalda de rosas y de hojas negras colocadas al borde del ala. El casco va cruzado con cintitas de terciopelo negro. Lazos de terciopelo negro con puntas flotantes á cada lado. El interior del sombrero lleva blonda, rositas de mayo y terciopelo negro.

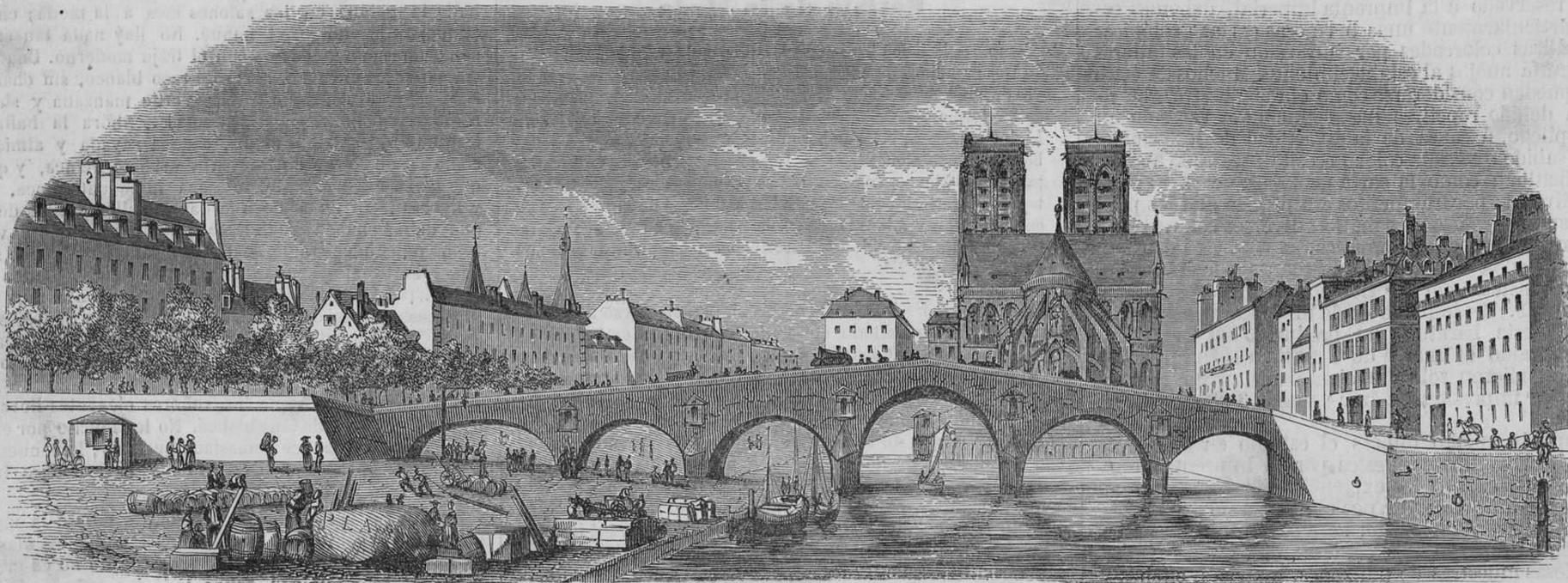
VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

Embellecimientos de Paris. — Restauracion del puente de la Tournelle.

Los antiguos puentes de Paris construidos en una época en que la circulacion era ménos activa que en el dia, sobre todo cuando los carruajes eran pocos, se fabricaron segun un sistema que no se presta ya á las necesi-

dades de la circulacion actual. La calzada es estrecha, el declive rápido. Pero sucesivamente esos vestigios de otro tiempo desaparecen bajo las obras inteligentes de la administracion del dia. Continuamente se hacen obras

por ese estilo; el puente Real y el puente Nuevo, están desconocidos; los puentes de los Inválidos y del Hotel de Villa desaparecieron y han sido reemplazados por otros mas conformes á las modernas exigencias, y por último



El puente de la Tournelle ántes de su restauracion.

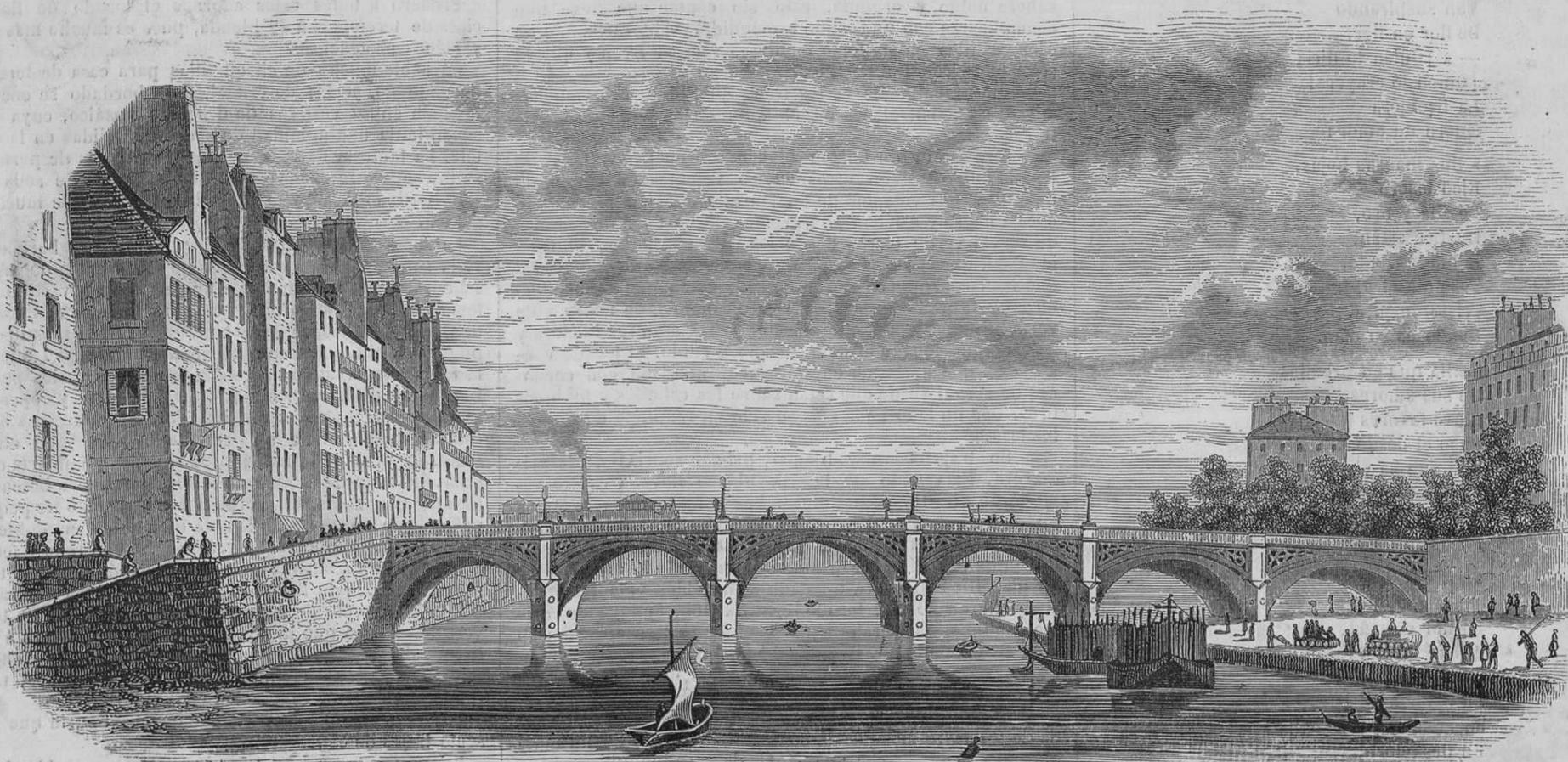
el puente de la Tournelle, del que queremos ocuparnos hoy, ha sufrido una transformacion completa.

La construccion de fábrica de este puente, sumamente incómoda, no era sin embargo muy antigua, pues apenas cuenta de fecha dos siglos. Antes no se comunicaba entre la isla de San Luis, llamada la isla de Nuestra Señora y la orilla izquierda del Sena sino por un puente-

cillo de madera establecido en 1370. En 1369 se veia allí una torrecilla cuadrada que fué destruida para poner el puente. De aquí el nombre de *la Tournelle* conservado hasta nuestros dias, á pesar de la demolicion del pequeño edificio que defendia la entrada del puente, el cual fué destruido y reconstruido en el eje del puente María en 1614. Los hielos se le llevaron en 1637; entónces se

echó en su lugar un puente de madera, y once años despues, en 1648, se hallaba ya en tan mal estado, que en 1651 se le llevó el Sena. Por fin se construyó de piedra, como se ve en el primer dibujo, y sobre ese se trabajó para darle la forma que tiene en el dia.

La extremada rapidez de los declives y la poca anchura de la calzada que en su punto mas estrecho solo



El puente de la Tournelle despues de su restauracion.

tenia 12 metros 70 cent., formaban un obstáculo real para la circulacion ya muy activa, con la proximidad del ferro-carril de Orleans y la apertura de una calle en el eje del puente. Por los estados de la villa de hace algunos años se sabia que desde las siete de la mañana hasta las seis de la tarde pasaban por el puente 13,326 personas, 163 caballos, y 1612 carruajes. De esta afluencia resultaban accidentes inevitables. Las obras

ejecutadas han tenido por resultado disminuir los declives y ensanchar el puente que tiene hoy 16 metros 88 c. de anchura.

M. de Lagalisserie, ingeniero de puentes y calzadas que presentó el proyecto de esa obra, bajo la direccion de M. Robin, ingeniero en jefe del departamento, parece adoptó en la construccion un sistema análogo al del puente de Gloscow. Arcos de hierro colado se apoyan en

pilares de fábrica elevados sobre los cimientos del otro puente, y el antiguo cuerpo de piedra se halla reemplazado por una elegante balaustrada. La ciudad de Paris contribuyó para esta obra con una suma de 133,625 fr. votada por el consejo municipal y lo demás hasta completar la suma de 402,250 fr. que importaron los trabajos, fué pagado por el Estado.

D. B.